La conquista del ESPACIO

GUERRA EN EL TRIANGULO SOLAR

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



Oh, ya recuerdo que tú no estabas cuando las tres Unex permanecieron más de un mes en los astilleros de Aldebarán. Llegaste apenas estábamos a punto de despegar. Allí se instalaron proyectores supletorios y se acondicionaron los hangares para admitir doble número de naves de ataque. También la dotación de fuerzas de infantería se aumentó en más de un cincuenta por ciento. Parece que nos mandan a una guerra o…



A. Thorkent

Guerra en el triángulo solar

Bolsilibros: La conquista del espacio - 515

ePub r1.0

Titivillus 10.09.2019

A. Thorkent, 1980

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

GUERRA EN EL TRIÁNGULO SOLAR

A. THORKENT

CAPÍTULO PRIMERO

—Treinta segundos para salir del hiperespacio, señor —anunció secamente la voz.

El comandante Steen Haag se limitó a asentir en silencio. Sentía la garganta seca. El momento era crucial. Durante veinte días la flotilla había navegado a velocidad supralumínica a través del hiperespacio. La comunicación, por ende, había sido imposible entre las tres unidades a su mando.

—Veinte segundos.

La salida al espacio normal había estado programada convenientemente desde que comenzó la misión. En realidad no debía suceder nada anormal, pero siempre quedaba una pequeña posibilidad de que en alguna de las unidades hubiese sucedido algún percance.

—Diez segundos para contactos visual y sónico, señor.

Steen cerró los ojos. Desde su palco de mando, flotando sobre los técnicos del puente, contuvo la respiración.

—Contacto realizado, señor —dijo la voz. Y le sonó al comandante más alegre.

Abrió los ojos y dirigió su mirada ansiosamente hacia la gran pantalla tridimensional. Allí estaban las dos esferas, formando con la que él comandaba personalmente la flotilla de tres unidades.

Expulsó el aire mal contenido en sus pulmones. Miró hacia abajo. Un leve murmullo se había extendido sobre todo el personal del puente de mando. Al igual que él, todos habían tenido funestos pensamientos. Ahora se notaba el relajamiento, la desaparición cíe la tensión padecida durante las, últimas horas.

—El capitán Van Loon y el capitán Hensing están en comunicación, señor.

Steen pulsó un botón y un par de esferas surgieron de la consola de su palco. En cada una había un rostro. Le sonrieron. Van Loon

con su parquedad y Hensing pródigamente.

—Me alegra verles, señores —dijo Steen.

—Saludos, comandante —dijo la voz ronca y grave de Van Loon.

—A sus órdenes, comandante —dijo Hensing.

—Los cálculos y coordenadas establecidas han sido perfectas. Les confieso que siempre he temido este momento, desde que salimos de la base de Aldebarán.

—Estoy de acuerdo con usted, señor —admitió Van Loon—. Es la primera vez que tres unidades realizan un viaje de tantos parsecs como éste al unísono.

—Yo había pensado que alguien se retrasaría o adelantaría —confesó Hensing—. Ha sido una experiencia interesante.

—Viajaremos hasta nueva orden a un centésimo de la velocidad lumínica, siempre con contacto visual. Tan pronto se lo permitan las circunstancias, caballeros, deseo, recibirles en mi nave. ¿Qué les parece dentro de dos horas?

Steen esperó a que sus capitanes consultasen con sus técnicos.

—Será suficiente, señor —respondió Hensing.

—Creo que estaré allí para entonces, señor.

—¿Algún problema, Van Loon?

—Nada de importancia, creo. Me han comunicado que en los niveles 14 y 15 de mi Unex, donde están los cultivos, existe una anormalidad climática. Antes de hacer el transbordo a su nave, señor, quisiera estar seguro que todo está bien.

—De acuerdo, capitán. Si surgiera alguna demora no dude en comunicármelo. Podemos posponer la reunión algún tiempo.

—Confío que no será necesario.

—Hasta dentro de dos horas, caballeros.

El comandante cerró la comunicación y guió su palco hasta el lugar de descenso. Allí le esperaba el teniente Rafael Aldor, su ayudante, quien se había incorporado de su propia consola al verle bajar.

—He ordenado que dispongan la sala de reunión, comandante. —Dijo el teniente, quien, como era su deber, había participado de la conversación de Haag con los capitanes…

—Gracias, teniente:

—Le felicito, señor.

—Gracias de nuevo, Aldor; pero somos todos nosotros los que

deberíamos felicitar a quienes programaron este viaje.

—Los chicos de Aldebarán se lo merecen. ¿Enviará enseguida el informe a la base?

—Quiero redactarlo cuanto antes, antes que comience la reunión. Envíe por él a mi despacho dentro de una hora.

—¿Alguna recomendación en su envío, señor?

—Sí. Debe ser reexpedido inmediatamente a la Tierra. El Alto Mando debe conocer cuanto antes nuestra situación, aunque eso sea dentro de treinta días —Haag frunció el ceño—. Estamos demasiado lejos de casa, teniente.

—¿Serán ciertos los rumores que afirman que se ha encontrado un medio de comunicación instantáneo?

—Ojalá sean ciertos; pero todo se basa en especulaciones sobre las investigaciones que llevan a cabo desde hace años en el Centro Especial.

El comandante caminaba hacia la salida del puente y Aldor le acompañó hasta ella, esperando las últimas órdenes.

—Reciba a los capitanes, teniente.

—Sí, señor. Les conduciré apenas lleguen a la sala. ¿Será una reunión privada?

Haag le miró irónico.

—No, teniente. Los ayudantes también asistirán, así como los oficiales libres de servicio. Hubiera sido para usted una mala jugada privarle de conocer al, fin lo que nos ha traído a tan distante lugar, ¿no es así?

Raf Aldor sonrió levemente.

—Lo admito, señor. Ésta es mi primera misión importante.

—Entonces nos veremos luego, teniente.

Aldor saludó y quedóse observando cómo el comandante subía a un pequeño vehículo conducido por su robot. Segundos después se perdía por el curvado pasillo.

Al regresar al puente, el capitán de servicio Craig, le salió al encuentro.

—Veo muy contento al viejo —dijo.

—Lo está, indudablemente. ¿Terminas dentro de media hora?

—Sí, así es.

—Entonces estarás en la reunión. Será interesante.

—Supuse que iba a ser privada. Desde que salimos de la base

todo ha sido un enorme misterio. Nadie sabía adónde nos dirigíamos ni para qué.

—Pues en menos de dos horas lo sabremos al fin.

—Tres Unidades de Exploración viajando juntas por unas regiones estelares desconocidas es ya un motivo para tener intrigado a cualquiera. Y además, armadas hasta los dientes.

Aldor miró a Craig.

—No entiendo…

—Oh, ya recuerdo que tú no estabas cuando las tres Unex permanecieron más de un mes en los astilleros de Aldebarán. Llegaste apenas estábamos a punto de despegar. Allí se instalaron proyectores supletorios y se acondicionaron los hangares para admitir doble número de naves de ataque. También la dotación de fuerzas de infantería se aumentó en más de un cincuenta por ciento. Parece que nos mandan a una guerra o…

—Vamos, termina —rió Aldor.

—Iba a decir que un sitio donde pudiéramos toparnos con un conflicto armado.

—Yo pensaría que son medidas de precaución. Tú mismo has dicho que nunca antes estas zonas fueron exploradas. ¿Es que se acabaron los viejos Mundos Olvidados?

Craig se encogió de hombros.

—Qué sé yo. No llevo más de cinco años de servicio y nunca he tenido ocasión de localizar un Mundo Olvidado.

—Tengo entendido que estás bajo el mando de Steen Haag dos años.

—Sí, y te juro que es uno de los mejores comandantes del Orden Estelar.

Aldor asintió. Todos los indicios conducían a una sola y sencilla explicación: la misión que había llevado a tres poderosas Unidades Exploradoras a tan apartada región de la Galaxia era muy importante.

En la sala de reuniones el silencio se hizo total cuando apareció el comandante Haag. Según la costumbre, nadie se levantó. El comandante tomó su asiento entre los capitanes Van Loon y Hensing, detrás de la larga mesa de silicio y frente a los más de cien oficiales de las tres naves libres de servicio. Una onda especial servía de enlace a los demás miembros de la oficialidad que

cumplían trabajos en las naves en aquel momento.

—Bien venidos a bordo de la Unex 23S, señores —dijo Steen dirigiéndose al sector donde se agrupaban los oficiales de las otras dos naves, las 45S y 78S—. Es un placer tenerles ante mí después de la última charla que sostuvimos, allá en el lejano ahora Aldebarán. En aquella ocasión nos tomamos unas copas de vino, pero desgraciadamente las circunstancias actuales nos impiden hacerlo de nuevo —se escucharon tímidas risas—. Pero confío que al regreso podamos emborracharnos juntos.

Como oficial ayudante del comandante, Aldor estaba situado de pie a la derecha de la mesa, junto a la pared. Sonrió interiormente. Estaba seguro que si a bordo hubiera unas botellas de vino, el comandante no dudaría en descorcharlas en aquel momento: Era bien sabido en toda la organización su afición a los vinos de calidad, aunque nadie podía llamarle borracho. Simplemente, era un sibarita respecto a las bebidas.

—Pero vayamos ahora directamente al asunto que nos interesa —siguió diciendo el comandante—. Soy consciente que todos ustedes están ansiosos por conocer más amplios detalles de la misión que nos ha traído aquí.

»Ésta es la primera vez que tres Unex viajan juntas. Digamos que el Alto Mando deseaba desde hace tiempo realizar una prueba semejante. Que tres naves viajen por cerca de tres semanas por el hiperespacio y salgan de él al mismo tiempo y en un radio de menos de mil kilómetros es algo de lo que debemos sentirnos orgullosos. Eso querían de nosotros y lo hemos conseguido.

»Pero esta prueba es sólo una pequeña parte de lo que nuestros superiores esperan de nosotros. Como bien saben, las Unidades Exploradoras fueron creadas hace ya muchos años para recuperar para el Orden Estelar los mundos que una vez formaron el Gran Imperio y que después del Caos quedaron aislados.

»El redescubrimiento de estos mundos cada vez es más escaso y el Alto Mando decidió llevar a cabo una exploración en zonas hasta ahora no visitadas nunca por el hombre. La cuestión era qué sector galáctico elegir. En tal dilema se debatía el Alto Mando cuando diversas bases observadoras de los bordes de nuestros dominios enviaron informes sobre ciertas alteraciones detectadas, precisamente, en esta zona.

»Así, se unieron varias pretensiones y experimentos para llevar a cabo esta misión. Aunque sé que algunos han pensado que vamos a combatir en una guerra lejana y exótica, lamento decirles que nada de esto es verdad. Pese a que las tres naves han sido sobrearmadas esto no indica que nos espera una guerra. Es únicamente una precaución.

Las miradas de Craig y Aldo se cruzaron. El teniente levantó su pulgar indicando que se había acertado, al menos, en una conclusión. Entonces Aldor notó la presencia de una oficial sentada junto a Craig. Debía pertenecer a alguna de las otras unidades. Aguzó la mirada y leyó su nombre escrito sobre la plaquita prendida en el abultado pecho: T. Aguiat. ¿Qué pretendía decir la «t»? Era muy bonita y joven. En las hombreras de su uniforme negro y plata llevaba la estrellita de alférez. Hubiera seguido mirándola, pero el comandante estaba hablando.

—… Debieron ser los indicios descubiertos por las bases las que al final decidieron al Alto Mando a enviarnos a este lugar. Frente a nosotros tenemos una gran masa de soles, con planetas en casi todos los sistemas. Las órdenes son visitar una serie de ellos. Tenemos para ello dos meses. A cada comandante de Unex se entregará una relación de sistemas planetarios que recibirán nuestra visita. Hasta una distancia de medio año luz viajaremos por el hiperespacio. Confiemos que siempre volvamos a reunirnos como en esta primera vez, sin problemas algunos. En caso de pérdida de contacto visual deberá establecerse el radial a toda costa. Si esto no fuera posible en cuarenta y ocho horas, la Unidad que haya perdido contacto deberá seguir las instrucciones generales y actuar en consecuencia, regresando a Aldebarán cuando el ciclo exploratorio se haya consumido. En líneas generales ésta es la acción a seguir. Si han esperado alguna revelación espectacular lamento haberles defraudado, señores. Si tienen que hacer alguna pregunta, estoy dispuesto a contestarla si es posible.

Aldor arrugó el ceño cuando la alférez T. Aguiat se levantó y preguntó:

—Comandante, ¿los indicios detectados suponen que existan mundos en guerra en esta zona?

—Pudieran interpretarse así, alférez —dijo el comandante—. Pero no son nada concluyentes los datos. Pudieran tratarse de

explosiones solares debidas a alteraciones percibidas. Tengan en cuenta que la distancia entre este sector y nuestras bases son millones de parsecs.

—¿Una nova tal vez?

—O un agujero negro —dijo Steen—. Desde hace siglos estamos intentando saber concretamente qué son. Se dice que pudieran ser focos de antimateria, pero hasta ahora nunca hemos conseguido llegar hasta uno de ellos. Nuestros lejanos antepasados los observaron, pero desde la Tierra. Siempre pensaron que estaban en nuestra Galaxia, pero sus cálculos eran imprecisos y luego supusieron, cuando comenzaron los viajes por el espacio a las estrellas, que estaban en otras galaxias. ¿Dónde se encuentran realmente? —se encogió de hombros—. No, no son los agujeros negros lo que nos ha traído aquí. Y las alteraciones observadas, repito, es sólo un dato más, un punto de interés, que ha movido al Alto Mando a organizar esta expedición.

La muchacha asintió y se sentó. Aldor no había dejado de mirarla. A cada momento le parecía más atractiva. Lamentó que no estuviera en su nave. Se fijó en el distintivo y supo que estaba destinada en la Unex 45S, en la del capitán Van Loon.

Decidió dejar de prestar su atención hacia ella. Un capitán estaba preguntando a Haag:

—Pienso, señor, que el Alto Mando está considerando esta zona como posible foco de migración. ¿Qué piensa usted al respecto?

Steen hizo un gesto ambiguo, que podía interpretarse como que consideraba la pregunta fuera de toda cuestión. Pero, cortésmente, replicó:

—Pudiera ser. Aunque aún disponemos de extensas regiones estelares en nuestra parte de Galaxia. ¿Para qué extendernos más por el momento? Empero, el Alto Mando puede estimar una posible ampliación de nuestra influencia, aunque eso sería en un futuro lejano.

Las preguntas se fueron sucediendo. Aldor consideró que entre los interrogadores no brillaba precisamente la originalidad. Un teniente, perteneciente a la Unex 23S, decía:

—Imaginemos, comandante, que las perturbaciones son debidas a un conflicto, bélico que sostienen dos comunidades que nunca han visto a un humano. Eso sería algo original en la historia, por

supuesto. ¿Qué sucedería? ¿Cuál debería ser nuestra actitud?

Steen se mordió los labios. Meditó la pregunta. Podía responder llanamente diciendo que no podía hacer comentario alguno, pero optó por decir:

—Llevaríamos a cabo estudios de la situación hasta el límite. Es decir, hasta que nuestra intervención fuera evitable. De ningún modo debemos intervenir en una conflagración estelar sostenida entre comunidades ajenas a nosotros.

—Pero podemos ser atacados…

El comandante esbozó una sonrisa.

—Creo que sería prudente no decidir nada ahora. Y, cuando llegara el caso… Pues francamente, no me gustaría que sucediera.

Las preguntas que siguieron no encerraron nada trascendental y la reunión se disolvió poco después. Tres horas más tarde, los oficiales retornaron a sus respectivas naves.

Rafael Aldor había intentado que alguien le presentará a la alférez T. Aguiat. Al menos hubiera logrado averiguar cómo se llamaba. La «t» seguía intrigándole. Pero en medio, del bullicio le resultó imposible.

Por medio de una de las pantallas estuvo observando a la Unex 45S. Sentía una inexplicable curiosidad por saber si T. Aguiat tenía algún compañero asiduo en su nave que le hiciese compañía en las horas de descanso.

CAPÍTULO II

Si al principio había habido cierta excitación a bordo de las Unidades Exploradoras, con el paso de los días y la observación de media docena de sistemas planetarios, la rutina fue adueñándose nuevamente de oficiales, técnicos y oteadores.

Los seis soles revisados disponían de planetas, pero ninguno resultaba apto para acoger vida humana. Tampoco ofrecieron mínimos indicios de poseer alguna clase de aborígenes inteligentes.

Craig tomaba café con Aldor. Ambos entraban de guardia dentro de unos minutos y solían reunirse momentos antes para charlar un rato en la sala de oficiales: Desde que se conocieron se había desarrollado en ambos una sólida amistad. Aunque Craig era unos años mayor que Aldor, sus aficiones y modos de pensar les convirtieron en amigos inseparables.

Incluso les agradaban el mismo tipo de mujeres y más de una ocasión habían discutido, aunque la sangre nunca llegó al río, a causa de las chicas con las que pasaban las noches.

El capitán dejó su taza y encendió un cigarrillo como tenía por costumbre, ofreció uno a Aldor, quien, como siempre, negóse a aceptarlo. Se preguntó cuándo Craig iba a recordar que él no fumaba.

—¿Es cierto que el comandante proyecta celebrar una fiesta monstruo dentro de unos días? —preguntó Craig.

—Tengo entendido que sí. Será para dentro de dos semanas, cuando se celebre el día de la fundación del Orden Estelar.

—Demonios, nadie sabe exactamente cuándo se fundó la organización.

—Pero tenía que celebrarse algún día y cualquiera era bueno, ¿no?

—Es cierto. De todas formas no me entusiasman esas reuniones.

—¿Es por tener que confraternizar con tropas y técnicos?

—Nada de eso. Es que me molesta el bullicio y no sé bailar.

Aldor sonrió. En cambio, él esperaba ansiosamente ese día. Confiaba que en medio de la fiesta encontraría a T. Aguiat. Sería de muy mala suerte que ella no asistiera por encontrarse de guardia. De todas formas la fiesta duraría las suficientes horas para que todos los oficiales con servicios pudieran, al menos, asistir a la mitad de ella.

—Me pregunto si habrá bebidas —comentó Craig.

—Al menos de ésa que te ahoga antes de emborracharte, sí.

—Pero estoy seguro que el viejo tendrá guardadas en su despacho algunas botellas de auténtico licor, no de repugnante sucedáneo sin alcohol. ¡Tú deberías saberlo!

Calló súbitamente porque en aquel momento sonó el agudo silbido de atención en la sala de oficiales. Docenas de hombres y mujeres se quedaron tensos. No era una señal de alarma, pero sí de prevención.

El altavoz anunció con voz átona:

—Todo el personal que está a punto de entrar en servicio debe presentarse inmediatamente en sus puestos. Repito…

Craig y Aldor tomaron sus gorras plateadas y salieron corriendo de la sala. Se adelantaron a los demás y fueron los primeros en lanzarse al tuvo antigravitatorio. Luego se deslizaron hasta las cintas rodantes y en menos de dos minutos entraban en el puente de mando.

El comandante Haag entró casi inmediatamente detrás de ellos, se encaramó en su palco y lo elevó hasta tres metros por encima del personal que pululaba por el puente.

Craig corrió hasta su puesto y Aldor sentóse ante su consola. La conectó con la del comandante, como era preceptivo. Su situación era, en cierto modo, privilegiada. A Menos que Steen privatizara su palco, Aldor siempre podía conocer lo que hablaba el comandante con sus subordinados y la clase de órdenes que impartía.

Una tenue luz amarilla flotaba desde el alto techo del puente. Lentamente fue cambiando a naranja. La situación de prevención de la nave pasaba a alarma previa.

Aldor deglutió dificultosamente. Aquello no se trataba de una maniobra simulada, sino de una situación real. Algo sucedía que había obligado al comandante a disponer las unidades en la

antesala de zafarrancho de combate.

Las gigantescas pantallas que rodeaban la circular sala del puente mostraban distintos puntos del espacio. La Unex 45S y 78S estaban situadas a izquierda y derecha de la nave jefe, formando un triángulo de mil kilómetros de lado.

En aquel momento el comandante estaba dando órdenes que las dos naves se fueran acercando para estrechar el triángulo. Enseguida, la luz naranja fue sustituida por una roja pálida.

Los músculos de Aldor se tensaron. Ya apenas faltaban unos instantes para que la situación de alarma plena imperase en la flotilla. ¿Qué peligro era el que había obligado al comandante a adoptar aquella situación?

Prestó atención a los dispositivos de su consola, reproducción exacta de la que tenía Steen en su palco flotante. En las esferas de comunicación estaban los rostros de Van Loon y Hensing. En ambos podía apreciarse una profunda preocupación.

—Señor, por mi posición puedo observar ya visualmente la aproximación —dijo Van Loon—. Los telescopios están a punto de captar la imagen.

—Envíemela, capitán —pidió el comandante. Luego, a un técnico de su nave, ordenó—: sitúe la proyección que nos envía 45S en la pantalla principal.

Aldor miró hacia la gran pantalla, de la que se había borrado una panorámica del espacio. Sabía que todo el mundo que podía, allí en el puente, esperaba ansiosamente la aparición anunciada por el capitán Van Loon.

El teniente no pudo evitar sobrecogerse cuando la imagen se estabilizó en la pantalla principal. Se trataba de algo que debía ser enorme, nunca visto hasta entonces.

Era un vehículo espacial, algo terriblemente grande, de irregulares formas. El metal era gris y opaco. Una observación más detenida permitía apreciar que parte del fabuloso ingenio estelar estaba sensiblemente dañado.

El murmullo que levantó aquella aparición obligó al comandante a gritar:

—Silencio todo el mundo. Capitán Van Loon, ¿qué datos recogen sus detectores?

Transcurrieron instantes tensos. Aldor veía la cara de Van Loon

serena, aunque algo pálida. Luego, todo el mundo pudo escuchar sus palabras. El comandante había permitido que el mensaje fuese captado hasta el último rincón de su nave.

—Sin poder precisar su clase, se perciben indicios de vida, señor. Es, sin duda, un vehículo estelar. En su parte más larga mide poco más de dos kilómetros, cómo uno de altura y otro tanto de ancho —sonrió Van Loon en una de sus parcas expresiones divertidas—. Claro que aún no sabemos cuál es su proa ni popa. No se averiguan sistemas de propulsión de ninguna clase. Está visiblemente deteriorado. Me atrevería a apostar que…

Al detenerse, el comandante Steen dijo:

—Vamos, capitán; diga lo qué piensa. Por el momento me conformo con conjeturas.

—Esa nave ha sido atacada, señor.

—O ha atacado y los atacantes han repelido con cierto éxito el ataque, ¿no?

—También pudiera ser, comandante —admitió Van Loon—. Por lo tanto no podemos asegurar si es parte de un ingenio mucho mayor, y lo que podemos apreciar es un resto.

—¿Armas visibles?

—Ninguna detectable. Realmente viaja muy despacio, sólo por su inercia.

—¿Distancia?

—Medio millón de kilómetros. Hemos tenido, si lo podemos llamar así, suerte de descubrirla. Unos segundos más y hubiéramos pasado junto a ella para no volverla a ver nunca, más.

—¿Trayectoria?

—Se aleja, pero debido a nuestra mayor velocidad.

—Corregiremos el rumbo en su dirección, pero no nos acercaremos por el momento a más de cien kilómetros. Desde esa distancia aumentaremos la observación y…

—¿Qué más, señor?

—Decidiré entonces, capitán.

Steen dictó las órdenes para que la flotilla se acercara hasta la distancia estipulada. Las naves se movieron durante unos instantes a un décimo de velocidad lumínica. El centenar de miles de kilómetros quedó establecido y las Unexs reanudaron sus observaciones, ahora cada una por su cuenta. El comandante esperó

pacientemente las conclusiones para cotejarlas.

Aldor no podía apartar la mirada de la gigantesca nave. Al acortarse la distancia, los telescopios ofrecían en la pantalla una imagen más nítida. Según deseaba el comandante, eran escrutadas distintas secciones de la misteriosa nave. Al rodearla y observarla desde distinto ángulo, fueron más apreciables las zonas donde los daños eran mayores.

—No cabe la menor duda que ha sufrido una catástrofe —aseguró Steen—. Ahora nos toca saber si ésta ha sido natural o producida en un combate.

En la consola de Aldor repiqueteaban los datos que las distintas secciones de observación enviaban incesantemente.

—Existe una posibilidad más —comentó el capitán Hensing—. ¿Por qué no una explosión interna? Pudo haber desmembrado una parte de la nave. Sería interesante saber el tamaño de lo dañado. Me resisto a creer que la pérdida haya sido inferior al 50 %.

Aldor se preguntó qué bases tenía Hensing para hacer tal suposición. ¿Quizá existía una cuarta teoría?

* * *

La flotilla había coordinado su marcha a la de la misteriosa nave. Durante veinticuatro horas los estudios no cesaron. Pese a la enorme acumulación de datos, el comandante seguía sin tomar ninguna ciase de determinación.

Cuando Aldor regresó al puente para cumplir con su siguiente ciclo de guardia, el comandante ya estaba en su palco, recién afeitado y con un uniforme limpio. Pese a todo, los estimulantes no habían conseguido hacerle desaparecer las profundas ojeras.

Aldor dudaba que Steen hubiera dormido alguna de las seis horas que se permitió de descanso.

A través de la consola, Aldor escuchó decir al comandante:

—Capitanes Van Loon y Hensing, atención. He revisado los informes y ante ellos he decidido realizar una investigación plena en la nave. Antes quiero saber si se ha conseguido algo en los intentos de establecer contacto visual u oral con los posibles pasajeros.

El jefe técnico en comunicaciones respondió:

—No, comandante. Hemos usado toda la banda de radio, campo de láser y demás medios usuales. Si hay alguien ahí o no nos oye o usan un sistema de contacto totalmente desconocido —en medio de un irrespetuoso gruñido, añadió—: Lo cual dudo.

—¿Por qué? —preguntó Steen, eludiendo cualquier comentario ante el tono enfurecido del técnico, cuyo estado de ánimo podía ser perfectamente disculpable debido a las largas horas que llevaba de trabajó sobre sus espaldas.

—Imposible pensar que ahí dentro haya alguien que no tenga, al menos, una más o menos lejana apariencia con nosotros, señor. Por lo tanto, me inclino a pensar que sus medios de comunicación o visuales deben ser parecidos a los nuestros.

—Puede ser. Gracias, Mortimer. Capitanes, hay que enviar una nave de desembarco. ¿Alguna sugerencia?

—Desde luego —sonrió Hensing—. Deseo ir yo.

—Lamento responder negativamente, pero le agradezco su ofrecimiento, capitán. En la Unex de Van Loon viaja un pelotón especial de exploración. La verdad es que cuando nos lo dieron no pensé para qué nos iba a servir… ¿Capitán Van Loon?

—Sí, comandante.

—¿Sabe que me refiero al pelotón del alférez Tau Aguiat?

Aldor pegó un respingo. ¿La muchacha? ¿Se refería el comandante a T. Aguiat? Prestó más atención.

—Por supuesto, señor —replicó Van Loon—. Dispondré que se prepare. Será cuestión de treinta minutos. ¿Alguna instrucción especial suya para el pelotón?

—No es preciso. Me aseguraron que el alférez Tau conoce su trabajo. Pero mientras tanto, enviaré a su Unex uno de mis oficiales para que actúe de enlace.

—Estupendo, señor. Dispondré una esclusa para recibirle y lo remitiré de inmediato a la nave del pelotón.

El palco del comandante descendió un par de metros y se deslizó cerca de la consola ocupada por Aldor. Asomándose ligeramente, Steen dijo a un asombrado teniente:

—Muchacho, vuele a la Unex 45S e incorpórese al pelotón especial. Llévese un captador tridi sobre sus fuertes hombros y esté siempre en contacto conmigo. Confío que allí dentro no existan

interferencias.

Aldor saltó de su silla, saludó nerviosamente y salió corriendo del puente de mando. Con una sonrisa, Steen regresó a una posición más idónea de observación.

* * *

El teniente fue introducido en la cabina cuando la nave de desembarco volaba en dirección al misterioso vehículo. Antes había tenido que permanecer un buen rato en unión de la tropa que formaba el pelotón. El rato que permaneció con aquellas personas pudo asegurarse que los hombres y mujeres que conformaban el grupo eran expertos en diversas materias, además de consumados soldados, armados hasta los dientes.

El alférez estaba sentado en un asiento detrás de la pareja de pilotos, tomando notas en su registrador de muñeca. Al escucharle entrar se volvió ligeramente y Aldor pudo apreciar que de cerca la chica parecía más joven y bonita que cuando la descubrió en la sala de reunión.

—Hola, teniente —dijo ella jovialmente. Señaló un asiento libre a su lado—. Siéntese, por favor. En unos minutos nos acercaremos al objetivo.

—Me alegro conocerla, alférez —ella le replicó con una sonrisa más profunda y esperó sus comentarios—. ¿Qué ha pensado para la penetración?

—Hemos detectado algo que parece ser una esclusa. Hay otras más, pero ya tenemos elegida una. Con el proyector de proa la haremos saltar en pedazos.

—Podría considerarse como una agresión.

—¿Conoce usted otro medio?

Aldor tuvo que admitir que no, encogiéndose de hombros.

—Confío en usted, alférez —dijo un poco molesto, sobre todo con el peso; adicional que llevaba sobre el hombro, que aunque no pesaba más de dos kilos, le suponía cierto inconveniente. Se trataba de una precisa cámara para enviar, como si fuera a través de sus ojos, todo cuanto observara en la expedición.

La pequeña nave se acercó al vehículo extraño. Aldor miraba

cómo la irregular superficie de la enorme masa ocupaba ya toda la pantalla visora de proa. A un lado distinguió una especie de esclusa circular. Por fuerza tenía que ser una esclusa.

Apenas la alférez Aguiat hizo un gesto al copiloto para, que dispusiera el proyector láser de proa, cuando la esclusa se abrió en forma de flor, mostrándoles un túnel oscuro.

Tau y Raf se miraron.

—¿Piensa lo mismo que yo, teniente?

—Claro. Es una esclusa vulgar, demasiado humana.

—Pero eso no implica que sus constructores hayan sido humanos.

CAPÍTULO III

Aldor tuvo que admitir que la alférez conocía su trabajo. También, que los veinte hombres y mujeres que formaban su pelotón la obedecían sin titubear, e igualmente eran expertos en exploración. Iban cargados de aparatos además de sus diversas clases de armas.

El piloto de la navecilla realizó un anclaje a pocos metros de la abierta esclusa y Tau ordenó el desembarco.

Fueron lanzándose al vacío uno a uno. Tau fue la primera y dirigió una mirada imprecisa a Aldor cuando éste la siguió. El teniente sabía que las imágenes que enviaba a la nave jefe eran importantes. Allí dentro podía sucederles cualquier imprevisto y el comandante Steen debía saber a cada instante lo que sucedía.

Varios soldados encendieron potentes luces con las que escrutaron el interior de la esclusa. Tau había obrado bien al no querer entrar con la navecilla.

El interior del hangar estaba repleto de naves destrozadas. Pero pronto descubrieron un túnel lateral libre de obstáculos.

Sólo había una línea de comunicación común entre los componentes del grupo. Además, por la misma línea, Steen podía hablar a cualquiera de ellos. Aldor escuchó a su comandante dirigirse a la alférez:

—Aguiat, sería conveniente que se dividieran en dos grupos. Ese vehículo es enorme y tardarán horas en inspeccionarlo superficialmente, si van todos juntos.

—Dígame, señor, con cuál irá el teniente —inquirió Tau.

—Con el suyo. ¿Quién mandará el segundo grupo?

—El sargento Lero, comandante.

—Lero —dijo Steen—. Obsérvelo todo y use sólo el comunicador si descubre algo interesante. No quiero que la línea se transforme en algo confuso.

—Sí, señor —respondió el sargento Lero. Por señas eligió a los

soldados que debían seguirle y se introdujeron por el túnel, desapareciendo enseguida por un camino que se desviaba hacia la derecha.

—Nosotros seguiremos por el centro —dijo Tau—. Si aquí existe alguna lógica, deberíamos toparnos en unos minutos con algo parecido a un puente de mando.

Steen no replicó. Mientras permaneciese en silencio indicaba que estaba de acuerdo con las decisiones de la alférez.

Aldor no se apartaba de Tau. Ambos flotaban en cabeza del grupo, desplazándose por el túnel gracias a sus propulsores, adosados a los trajes de vacío.

—El túnel se cierra, comandante —explicó Aldor, visiblemente impresionado ante la sólida puerta de acero que les cortaba el avance—. La alférez va a intentar abrirlo.

—Yo lo veo, teniente —respondió Steen—. Las imágenes que me envía son nítidas.

La puerta estaba bien cerrada y unos soldados saltaron lo qué podía ser la cerradura de varias descargas de calor. Al abrirla, se tuvieron que afianzar en el suelo de metal, haciendo funcionar los magnetos de sus botas.

—Existe presión al otro lado —casi gritó Tau—. Usemos los propulsores para vencer este huracán y volvamos a cerrar la puerta.

Con ciertas dificultades pasaron al otro lado y cortaron el escape de la presión usando soldadores que cerraron los agujeros hechos en la puerta.

Enseguida, Tau preguntó al sargento Lero si su grupo había encontrado una zona con atmósfera.

—No, alférez —informó Lero—. Estamos, inspeccionando unos sectores muy dañados. Puedo jurar que aquí ha habido una lucha dura. Todo está patas arriba y enormes agujeros en los mamparos permiten ver las Unexs.

Tau le dijo dónde estaban ellos y que seguirían adelante.

Un soldado se detuvo para analizar la atmósfera. El túnel era de similares características al existente al otro lado de la puerta estanca, pero al fondo se observaban algunas luces tenues.

—Los indicadores afirman que podríamos respirar este aire —dijo el soldado volviendo a guardar sus instrumentos en una pequeña caja.

—Pero no lo haremos —dijo Tau. Hizo una indicación a otro soldado, esta vez se trataba de una mujer.

La soldado se acercó a Tau y dijo:

—El índice de radiaciones es muy elevado, alférez. Tres punto seis Gamma. Pero nuestros trajes resistirán bien.

—Sigamos con los equipos completos —dijo. Tau, haciendo una señal para que todos la siguieran.

Unos minutos más tarde, cuando abandonaron el túnel y estaban entrando en el comienzo de diversas salas, el sargento Lero informó:

—Hemos encontrado los primeros cadáveres, alférez. —Su voz sonaba tensa, ligeramente nerviosa.

Steen pidió inmediatamente:

—Amplíe datos, sargento. ¿Qué clase de cadáveres son?

Aldor pensó que en aquellos momentos el comandante debía estar arrepentido de haberle enviado con el grupo de Tau. Steen hubiera dado un año de su vida, por contemplar las imágenes de los cadáveres a que aludía el sargento.

—Humanos, señor. Están reventados por la descompresión, pero seguro que son humanos —hizo una pausa y concluyó—: Como nosotros. Hay cientos de ellos. El frío espacial que invade este sector los ha mantenido bien. Bueno, al menos lo que queda de ellos.

—Elija el de mejor conservación y métalo en un saco, sargento. Que un hombre lo lleve inmediatamente a la nave de desembarco —ordenó el comandante.

Calló el comandante y Aldor, acercándose a Tau, comentó:

—¿Por qué nosotros no hemos encontrado cadáveres aquí?

—Es una buena pregunta, teniente —admitió Tau—. Ahora lo que estamos viendo nonos impresiona. —Y señaló el mobiliario de las habitaciones. Eran de uso humano, sin lugar a dudas.

—Éstas pudieron ser las dependencias usadas para la vida cotidiana. Es posible que aún encontremos algún cuerpo.

—Estaría descompuesto con la atmósfera; pero nos indicaría al menos aproximadamente cuánto tiempo hace que se produjo tal destrozo.

—Eso lo sabremos cuándo revisemos los datos que recogemos —afirmó uno de los soldados. Entre sus manos llevaba un extraño aparato, que Aldor no pudo identificar:

Al descubrir que lo miraba con curiosidad, Tau dijo:

—Nos sirve para descubrir cualquier clase de vida, teniente, en un radio de cien metros.

Aldor se agachó y tomó un objeto del suelo. Lo acercó para que el visor de la cámara de su hombro lo captara. Era algo parecido a un tenedor. Lo entregó a un hombre que lo echó a una bolsa, junto con otros muchos utensilios que iban encontrando.

—¡Alférez Aguiat! —quién gritó era el hombre que sostenía el aparato que llamó la atención de Aldor—. Detecto indicios de vida a nuestra derecha, a unos noventa metros.

Torcieron por un pasillo en esa dirección, que terminaba en una sala enorme, totalmente vacía. El soldado señaló al fondo. Allí había unas puertas de acero, cerradas.

—Están al otro lado —aseguró. Prestó atención a su aparato y añadió titubeante—. Viven, pero parecen estar inconscientes.

Cuando llegaron hasta las puertas, se detuvieron ante la que el soldado aseguró era la que les interesaba.

Tau miró a Aldor, pero procurando que su rostro fuese enviado, al comandante Steen. Dijo:

—Señor, vamos a abrir las puertas —amartilló una enorme pistola láser y agregó—: Esperemos que no nos ataquen, que quienes sean estén desvanecidos. La vida de mis hombres está por encima de todo.

Steen tardó unos instantes en responder:

—Así es, alférez. Pero proceded con precaución. Es posible que ante el desastre, muchos seres pudieran abandonar la nave, pero es obvio que algunos quedaron atrapados. Sería de un valor inapreciable para nuestra investigación que fueran enviados vivos a la Unex 78S. Ordenaré que el equipo médico esté preparado para acoger posibles heridos.

Tau asintió y adelantó su mano libre para apoyarla sobre la placa sensitiva situada en el centro de la puerta. Al igual que los demás, contuvo la respiración cuando la hoja de acero comenzó a deslizarse hacia un lado.

* * *

El comandante Steen Haag fumaba sin poder ocultar un ligero nerviosismo. Frente a él estaban Rafael Aldor y Tau Aguiat, informándole. El teniente terminaba de explicar cómo trasladaron a los seres de la misteriosa nave al hospital de la Unex 78S.

—… Están muy debilitados, señor, tanto los tres hombres como la mujer. No había nadie más en todo el vehículo; estamos seguros. Los médicos confían en poderlos hacer volver en sí en unas horas. Pero tienen que actuar con mucha precaución. Aunque todos los indicios conducen a afirmar que son humanos como nosotros, es posible que algunas características especiales los difieran en algo. Eso lo podrán saber cuándo terminen los análisis, Han prometido que le informarán entonces. El jefe del hospital sugiere, señor, que los seré; no sean movidos de su centro hasta que exista seguridad d que su salud está totalmente restablecida. No deben ser trasladados a esta nave por el momento.

Steen asintió.

—Ordené que fueran llevados a la Unex 78S porque era la más cercana al lugar donde estaba la navecilla, y también porque ese centro médico está capacitado para realizar un análisis lingüístico de esos seres en estado de inconsciencia. Claro que me habría gustado tenerlos más cerca, en mi propia nave. Pero yo puedo trasladarme a la 78S en cualquier momento —se volvió para mirar a la alférez—. Tau, ha hecho un gran trabajo. Tenemos montones de informes acerca de ese vehículo, pero me gustaría escuchar sus conclusiones.

—Son provisionales, señor.

—No importa. Quiero oírlas de todas formas.

—Se trata de una nave de combate, señor. Es posible que haya sostenido una lucha hace aproximadamente unos veinte o treinta días. Es algo similar a nuestras Unexs, aunque de mayores dimensiones. Dispone de un centenar de hangares, con una capacidad total de naves menores de combate superior a doscientas. Muchas de ellas están destrozadas en su interior, sin que al parecer hubieran tenido ocasión de ser lanzadas al espacio.

—¿Es posible que fueron sorprendidos por algún enemigo y no tuvieron tiempo de disponer de todos sus medios de defensa?

Tau se encogió de hombros.

—Pudiera ser, señor: A bordo pudo haber existido una

tripulación de dos o tres mil seres. El sargento Lero ha contado alrededor de mil cadáveres.

—Quizá otro millar fue lanzado al espacio al romperse la nave casi por la mitad, ¿no?

—Sí. Falta un treinta por ciento de la nave, que al producirse la escisión debió ser proyectada en otra dirección —dijo Tau—. Creo que algunos seres pudieron escapar en naves de salvamento. La mayor parte de los hangares estaban abiertos y vacíos, sobre todo los de estribor.

—¿Qué vio en el puente de mando?

—Existen tres puentes, al menos con indicios de no ser los principales, sino que actuaban bajo el mando de otro principal, que no hallamos.

—Estaría situado en la sección desaparecida —dijo Aldor.

—Indudablemente. Alférez, ¿encontraron algo que les dijera de dónde proceden esos seres?

—No, señor. Tenemos miles de grabaciones que hallamos en una especie de biblioteca, pero pasarán muchos días antes que sea revisada una pequeña parte. Y eso, por supuesto, cuando logremos conocer su idioma.

—Antes de veinticuatro horas dispondremos de un lenguaje básico —aseguró Steen—. Los doctores están analizando las mentes de esos seres en estado inconsciente y para mañana podremos comenzar a tomar lecciones para estar dispuestos en el momento en que despierten.

—Señor, me gustaría aprender el idioma —dijo Tau.

Aldor se apresuró a decir:

—Yo también, comandante.

Steen se rascó la barbilla.

—Creo que podría hacerse. Es preciso formar un equipo adecuado que los interrogue cuando el jefe médico nos autorice. Ustedes podrían formar parte de ese grupo. Han estado en la nave los primeros y eso es, importante. O lo será para entonces, cuando nos hayamos alejado de ella.

—¿Es que nos retiramos, señor?

—No sabemos dónde se produjo el combate y debemos ser precavidos. No podemos inmiscuirnos en una disputa local que no nos concierne. Ordenaré que otros equipos vuelvan a inspeccionar

ese vehículo de guerra y traslade a las Unexs todo cuanto sea considerado de utilidad para ser analizado. Entonces nos retiraremos unos años luz para interrogar tranquilamente a los seres rescatados.

—Tendrá que ser hacia una zona libre de sistemas planetarios, señor —apuntó Aldor—. Al ignorar dónde se produjo el combate no sabemos si nos alejamos o acercamos al punto de conflicto bélico.

—Tiene razón, teniente. Nos situaremos en un lugar apartado, pero tendremos en los computadores de navegación este punto para volver a él en cualquier momento.

La navecilla, después de dejar a los seres en la Unex 78S, había regresado a la nave jefe cargada de utensilios y objetos encontrados que los exploradores estimaron importantes, además de miles de grabaciones, consistentes en diminutos cilindros. En ellas estaban trabajando los técnicos, construyendo un proyector de imagen y sonido, una especie de lector individual, para lograr su análisis…

Entre los diversos departamentos de la Unex 23S se había distribuido la mercancía traída de la navecilla. Cuando regresasen los nuevos equipos de exploración habría material más que suficiente, para investigar durante todo el período de la misión.

—Bien, señores —dijo Steen—… Ustedes se merecen un descanso. Han hecho una buena labor. Están libres de cualquier servicio por el momento.

—Regresaré inmediatamente a mi unidad, comandante —dijo Tau.

—No, alférez. Usted y su equipo se quedarán provisionalmente aquí. Ya lo he comunicado al capitán Van Loon. El oficial de servicio le asignará un alojamiento.

Aldor reprimió una sonrisa mientras saludaron antes de salir del despacho del Comandante. Una vez situados sobre la cinta deslizante, sugirió a Tau:

—La invito a cenar, alférez.

—¿Por qué esa invitación, teniente? —preguntó, sonriendo pícaramente, Tau.

—Usted no conoce esta nave y podría extraviarse.

—Es el pretexto más idiota que he oído en mi vida. Todas las Unexs son idénticas; pero acepto su invitación, teniente.

—Estupendo. ¿Podemos tutearnos?

—¿Es preciso?

—Claro. Vamos a estar juntos mucho tiempo.

—No sé cuándo el comandante me ordenará regresar a mi nave.

—¿Lamenta no estar en ella ahora? ¿Es que tiene algún compromiso para esta noche?

—Ninguno. ¿Importa eso?

—Claro que sí. Tengo pensado prolongar la velada después de la cena —hizo una pausa y añadió—: En mi camarote.

Ella hizo un gesto de sequedad que al principio perturbó a Aldor, pero al terminar sonriendo y agarrarse a su brazo, dijo jovialmente:

—No es preciso que te inventes algo parecido a una colección determinada que deseas mostrarme. ¿Sabes una cosa?

—No, pero me muero de ganas por saberla.

—Yo también me fijé en ti durante la reunión. Noté que me mirabas mucho.

—¿De verdad? Siempre pensé que era discreto al observar una cara bonita.

—Bueno, al menos me parecía que me mirabas. Y para estar segura que atraía tu atención me levanté para hacer unas preguntas al comandante.

Los dos abandonaron el deslizador y entraron en el comedor, bromeando y riendo.

CAPÍTULO IV

La reproducción estelar se agitó y un sector de ella cobró mayor magnitud. Se destacaron tres soles amarillos. El puntero luminoso los fue señalando.

—Un triple sistema planetario. Cada estrella está separada entre sí por medio año luz, algo poco usual. En total son dieciocho planetas distribuidos en cinco, seis y siete. En cuatro hemos detectado posibilidades de vida. Tres corresponden a la estrella que llamaremos A y uno a la B. La estrella C, la de siete planetas, está desprovista de mundos tipo Tierra. Por lo tanto, nos ocuparemos de las estrellas
A y B
.

El sargento mayor hizo una pausa y observó a su auditorio, sumido en la penumbra. Oyó al comandante carraspear y un leve murmullo de conversación.

Se abrió la puerta de la sala y una figura entró nerviosa. Antes de encontrar su asiento, dijo a Steen:

—Lo siento, señor. Me he retrasado demasiado.

—No se preocupe, teniente Aldor —respondió Steen—. Sé que estuvo recibiendo su lección de idioma. Siéntese. El sargento Klang acaba de comenzar.

Aldor se dejó caer, aún fatigado, sobre su sillón. Quiso distinguir el rostro del sargento Klang con la luz procedente de los soles reproducidos. Klang estaba destinado a la Unex 78S, pero había oído hablar mucho de él. Era el más veterano de la flotilla. Se aseguraba que había participado en la aproximación a más de cuarenta mundos olvidados, algunos de ellos bajo el mando de la mitológica Almirante Cooper.

Klang era un experto en localizar en vastas extensiones estelares los núcleos con mundos con elevado índice de terranidad. Claro que

también disponía de un amplio equipo de material y hombres que le ayudaban, pero parecía, además, disponer de un extraño sentido para percibirlos.

—¿Sigue pensando, sargento, que el conflicto bélico está localizado en esos soles? —preguntó el comandante.

—Cada vez estoy más convencido, señor —afirmó Klang—. Incluso me atrevería a asegurar que la nave de guerra destrozada procedía de la estrella B, la más alejada de las tres.

—Aún estamos muy lejos para que nuestros detectores capten más datos, tales como explosiones nucleares y emisiones de signos vitales —masculló Steen—. No tendremos otra alternativa que acercarnos.

El capitán Hensing asistía a la reunión por medio de su proyección holográfica. Meneó la cabeza.

—Esto alteraría totalmente la misión —dijo.

—Podemos apurar nuestro plazo de estancia en busca de aclarar las cosas —afirmó Steen—. Incluso podemos darnos por satisfechos si regresamos a la Tierra con novedades sorprendentes.

—No puedo creer que existan mundos olvidados tan lejos —dijo alguien…

El sargento se adelantó hacia quien había hablado.

—¿Qué le hace suponer que se trata de eso?

—Supuse que usted…

—Yo no he dicho nada. Por el mero hecho de toparnos con una civilización humana no debemos pensar que nos encontramos ante Viejos parientes nuestros —gruñó Klang.

—Yo opino como el sargento —corroboró el comandante—. Ésta debe ser una raza autóctona, que nada tiene que ver con la lejana expansión colonizadora de la Tierra previa al Gran Imperio.

Van Loon sí estaba presente y dijo casi en un susurro:

—Sería algo increíble. Nunca hemos encontrado seres humanos en la Galaxia; nunca en milenios. Los más próximos a nosotros son los aborígenes de Ukra Zato y calificarlos de humanoides es usar la fantasía.

—Son numerosas las razas no humanas inteligentes… —comenzó a decir un oficial.

—Pero los seres que se alojan en la enfermería del 78S son totalmente humanos —bramó Hensing.

—Por supuesto —dijo Steen, levantándose. Las luces se encendieron y parpadeó. Echó un vistazo a sus hombres. Vio preocupación y curiosidad en ellos—. Vamos a ponernos en marcha en dirección a la estrella B. Será inmediatamente. Teniente Aldor, ¿están dispuestos esos seres para ser interrogados?

—Sí, señor —respondió Aldor levantándose de un salto y cuadrándose—. Hemos traído a bordo a la mujer. El jefe médico asegura que es quién está en mejores condiciones físicas. La alférez Aguiat la acompaña, en estos momentos a su despacho, señor.

—Gracias —asintió Steen. Volvió a mirar a sus oficiales, diciéndoles—: Sé que todos ustedes están ansiosos por asistir a semejante entrevista, pero hemos pensado que demasiadas personas podría influir penosamente en el ánimo de la mujer. Pero les tendré informado del resultado del interrogatorio.

Se marchó rápidamente seguido por el teniente Aldor.

* * *

Steen estudió a la mujer a través del cristal. Estaba sentada de espaldas a ellos, frente a la alférez Aguiat. Miró a Aldor.

—¿Cómo ha reaccionado? —preguntó antes de abrir la puerta.

—Asombrosamente bien, señor, Es muy serena. Biológicamente aparenta unos cincuenta años, pero puede ser mayor.

—Confío que usted y Tau hayan aprendido profundamente su idioma —frunció el ceño—. Yo he estado demasiado ocupado estos días para poderlo hacer.

Aldor sonrió.

—Lo hablo como un compatriota de Lassala, señor. Pero entremos y se llevará una sorpresa.

Irrumpieron en la sala, especialmente acondicionada para la entrevista. Los terrestres sabían que diversas cámaras estarían filmándolo todo, y registrando cada sílaba que se hablase. Al oírles entrar, la mujer se levantó. Tau lo hizo también y presentó a los recién llegados.

—Dama Lassala, le presento al comandante Steen Haag, jefe de la expedición; al teniente Rafael Aldor ya le conoce.

Steen iba a decir a Tau que hablase en el idioma de la mujer,

pero se contuvo y pidió:

—Por favor, siéntense todos.

El comandante observó profundamente a la alienígena. Incluso sentada parecía una mujer demasiado alta. Tenía el cabello largo y negrísimo peinado hacia atrás, rodeando un rostro delgado y alargado, de piel muy morena. Sus facciones eran estilizadas, casi hermosas pese a la notable dureza que expresaban.

—Dígale que confío que en breve pueda dirigirme a sus compañeros, Tau, cuando se restablezcan totalmente —pidió Steen a la muchacha.

—Gracias, comandante —respondió Lassala.

Steen pegó un respingo.

—¿Habla nuestro idioma o le han enseñado esas palabras tan solo?

Tau sonrió tímidamente.

—Es una sorpresa, comandante —dijo—. Cuando preguntamos a Lassala en su idioma si deseaba algo, lo primero que nos pidió era poder aprender el nuestro. Lo hizo casi más fácilmente que nosotros. Claro que usó nuestro sistema de enseñanza al subconsciente, pero no deja de ser sorprendente.

—Por supuesto —replicó Steen intentando esbozar una sonrisa de complacencia. Carraspeó y, dirigiéndose a Dama Lassala, le preguntó—: Comprenderá que estamos ansiosos por conocer múltiples detalles acerca de usted, de sus compañeros supervivientes, sus mundos de origen y demás. Yo di permiso a mis ayudantes para que le dijeran, ante todo, todo cuanto usted quisiera saber acerca de nosotros.

—Tanto Tau como Raf han sido muy pacientes conmigo señor —dijo Lassala—. Me han sintetizado todo cuanto yo desearía saber acerca de ustedes.

—Confío en que no se hayan extendido demasiado, sobre todo en lo concerniente a secretos militares —rió Steen.

Lassala arrugó el ceño, pero enseguida se relajó, diciendo:

—Ya entiendo sus palabras. Ustedes poseen un raro sentido del humor. Discúlpeme si no lo capto con rapidez. Comandante, soy consciente que les debo la vida. Mis compañeros y yo hemos sido tratados con toda consideración y en nombre de ellos y el mío propio tengo que mostrarles nuestro más profundo agradecimiento.

Por ende, sería descortés pretender saber a costa de Tau y Raf más de lo que ellos están autorizados a responder.

—Hemos cumplido con nuestro deber, Dama Lassala —dijo Steen—. Hemos localizado recientemente un grupo de soles. Mire este diagrama —extendió sobre la mesa una copia de la reproducción que habían estado estudiando con el sargento Klang —. Dígame si le es familiar.

Lassala señaló la estrella que Klang había bautizado como B.

—Aquí está mi planeta. Se llama Tura. A pesar de lo que pueda pensar, comandante, somos un pueblo pacífico.

Steen bajó la mirada. Aldor comprendió que no podía aún confiar en la afirmación de la alienígena.

—El vehículo de guerra donde la encontramos no fue construido para viajes de placer.

—Para defendernos, comandante —respondió Lassala con firmeza—. Tenemos que defendernos de esas horribles criaturas.

—¿Entonces no luchan contra otro planeta habitado por humanos?

—¡Claro que no! Los attolitas no son humanos, sino engendros del Hacedor del Mal. Nuestra raza, la rill, siempre ha rehuido la lucha contra ellos, pero al final no hemos tenido otra alternativa que combatir si queremos evitar ser destruidos totalmente.

—¿Cuándo estalló la guerra?

—Hace muchos años, señor. Ellos tienen muy lejos sus mundos, a unos mil años luz, pero saben de nuestra existencia desde hace siglos y últimamente, al ver que estamos desarrollando una alta civilización, comenzaron a hostigarnos. Sobre todo, a raíz de nuestro intento de colonizar los mundos habitables de la estrella que ustedes llaman A.

»Hace unos años enviamos naves a los planetas del sol A y establecimos una rudimentaria colonia, pero que serviría de cabeza de puente para trasladar nuestros excesos de población. Recientemente destruyeron esas pacíficas colonias y establecieron las suyas. ¡Fue algo terrible, horrendo! Murieron más de cinco millones de inocentes rills.

Steen asintió. Se restregó las manos, alarmado ante la violencia que habían hallado en tan remoto rincón de la Galaxia.

—Todas las guerras son absurdas, pero una como la suya, Dama

Lassala, es… repugnante. La Galaxia es grande y disponiendo de medios para viajar a las estrellas no existe problema de espacio vital. Sobran los mundos tipo… Perdón. Iba a decir Tierra. Digamos aptos para nosotros.

»Pero hábleme de esos enemigos de su patria, los attolitas.

—Son seres repugnantes, sanguinarios —Lassala parecía excitarse al hablar de ellos—. Son amantes de la guerra.

—Pero su aspecto…

—Respiran la misma atmósfera que nosotros, pero parecen haber surgido de la Morada del Hacedor del Mal.

Aldor pensó que aquel ser de nombre rimbombante era el símil en Tura del Diablo. No pudo resistir la tentación de preguntar:

—¿Pero es que nunca han intentado dialogar con los attolitas?

Lassala se revolvió hacia él como si la hubiera ofendido.

—Usted no conoce a los seres de Attol. Tiene que ser así si ha pensado que podríamos convivir pacíficamente.

—Parece resentida contra ellos.

—¡Claro que estoy resentida! Desde hace años nos atacan, destruyen nuestras naves y lo último fue la destrucción de las colonias. Mis antepasados intentaron establecer un tratado de paz con ellos, pero replicaron matando a los embajadores. Se niegan a hablar de paz.

—El vehículo de guerra destrozado poseía una tremenda potencia de fuego —dijo Steen—. No parece estar su pueblo desamparado.

—Estamos realizando un enorme esfuerzo para defendernos —dijo Lassala—. Hemos construido algunas grandes naves nodriza con las que vigilamos el espacio. Hace cuarenta días, según su medida del tiempo, fuimos atacados por sorpresa, a unos mil millones de kilómetros del sol C, por una poderosa flota attolita. Ya pudieron comprobar la violencia del combate. Más de cuatro mil compatriotas míos murieron en el combate. Sólo nos salvamos cuatro.

—Tan pronto estén todos recuperados serán devueltos a sus mundos —aseguró el comandante.

—¿Devueltos simplemente?

—Sí, claro. ¿Qué pensaba?

—Ustedes son iguales a nosotros y son poderosos. Con su ayuda

podríamos escarmentar a los attolitas, fustigarles y dejarles agotados por una larga temporada.

—¿Sólo una temporada?

—Es lo que precisamos. Durante mucho tiempo hemos vivido para la paz, descuidando la preparación para la guerra. Con un plazo de apenas un año seremos capaces de valemos nosotros solos para mantener a los attolitas a distancia para siempre. Estamos rearmándonos…

—Sí, lo comprendo. Pero ésta no es nuestra guerra.

—Es la guerra de una raza despiadada contra una civilización humana, contra semejantes de ustedes —restalló Lassala. Steen quedóse pensativo. Particularmente empezaba a inclinar su simpatía, por supuesto, por la causa de los habitantes de Tura. Pero las obligaciones de un comandante en jefe del Orden Estelar eran severas y firmes. Existían unas normas…

—Creo que sólo podemos devolverles a su mundo. Ni siquiera disponemos de autorización para descender en él.

—No comprendo…

—Existe un código de comportamiento para todos los miembros de la organización a la que pertenecemos, al Orden Estelar de la Tierra. Cuando llegamos a una zona civilizada tenemos que mantenernos al margen, excepto cuando somos invitados a efectuar un acercamiento amistoso.

—Si es por eso… —Lassala sonrió—. Estoy segura que mi gobierno les invitará a bajar a Tura y…

—No es esto todo. El código es claro al respecto. Cuando dos comunidades están en guerra no podemos tomar partido por ninguna de ellas —aspiró hondo y añadió—: Sin excepción de credo o raza.

Aldor se sentía incómodo. Pensó que el comandante podía haber demorado el momento de verter aquellas afirmaciones algún tiempo más. Lassala aún no se había acostumbrado a la forma de convivencia de los humanos de la Tierra. La actitud del comandante podía parecerle absurda.

Pero tanto Aldor como Tau conocían el código, aunque eh aquel momento y en tales circunstancias les pareciese una aberración.

El comandante dijo algunas palabras más, siguió preguntando acerca de Tura y Lassala; respondió claramente a todas las

cuestiones, sin demostrar en el tono de su voz que siguiese ofendida por la rápida negativa de Steen a ofrecerles una ayuda que, al parecer, precisaban con urgencia.

Steen se despidió un poco nerviosamente. Se debatía internamente ante la disyuntiva que se le había presentado de forma tan inesperada.

—Desearía retirarme a descansar —pidió Lassala.

—Le indicaré su alojamiento —dijo Tau—. Supongo que mañana la devolveremos con sus compañeros.

—Dama Lassala —dijo Aldor cuando las dos mujeres se marchaban.

La rill se detuvo y giró un poco la cabeza, esperando.

—Lo siento. Estoy seguro que el comandante sería feliz si pudiera ayudarles. Tal vez si…

—El comandante debería conocer un attolita. ¿Podría mostrarle una imagen?

—Se puede sacar de mi mente, ¿no? Me dejaré inspeccionar.

—Será un poco doloroso. Siempre lo es semejante operación.

Lassala aseguró antes de retirarse:

—No me importa si consigo que el comandante vea lo que es el horror que representan los attolitas.

CAPÍTULO V

—No ha servido de nada —masculló Aldor sentándose sobre la cama. Tau estaba tendida a su lado, desnuda y fumando, lanzando círculos de humo, al techo.

—El viejo no se ha impresionado con la proyección mental, ¿eh?

—Sí, creo que sí. Al menos, algo.

—Me hubiera gustado asistir a la sesión.

Aldor se encogió de hombros.

—Una proyección mental no es nada agradable. El subconsciente del sujeto influye notablemente, pero con una cuidada selección hemos podido lograr una imagen real de un attolita.

—¿Cómo son?

El hombre soltó una risa sardónica.

—Si no fuera por el tamaño resultarían una burla. No son más que ratas, ratas enormes, que caminan erguidas.

—¿Ratas inteligentes?

—Por supuesto. Poseen, según Lassala, un mediano imperio. Conocen la navegación por el hiperespacio y muchas cosas más. Hasta es posible que en algunos aspectos tecnológicos estén más adelantadas que nosotros.

—Pero son tan sanguinarias como sus lejanos parientes que tina vez existieron en la Tierra, ¿no?

—Su aspecto induce a pensar así. Ya te he dicho que a causa de la influencia llena de prejuicios de Lassala, la hemos visto demasiada provista de terror.

—Nunca he visto ratas gigantescas, sólo en los laboratorios y no eran muy grandes. Acaso medían unos veinte centímetros. Pero resultaban repugnantemente sucias.

—Los attolitas no son nada de eso. Imagínate, Tau, un oso, con cabeza enorme de rata, ojos rojizos e inteligentes, con cuerpo más delgado y estilizado. Sus miembros prensiles deberán ser más largos

que los de una rata vulgar, comparativamente. Pueden correr como un ser humano y manipular herramientas como el más hábil mecánico. Entonces tienes a un múrido attolita.

—Y el viejo sigue emperrado en largarse de aquí y no intervenir.

—¿Qué otra cosa puede hacer?

—Ayer escuché decir al sargento Klang a Lero que los actuales comandantes son demasiado conservadores.

—¿Tú crees?

—Estoy de acuerdo con él. Klang añadió que en sus tiempos, cuando servía en la Unex Hermes, bajo el mando de Alice Cooper, ella hubiera resuelto la situación con imaginación, como lo hizo en múltiples ocasiones.

—Nos dirigimos ahora hacia el triángulo solar. Dejaremos a los rills y regresaremos. Según opina Steen, lo descubierto es más que suficiente para justificar la expedición. Creo que el viejo confía en que el Alto Mando decida enviar una poderosa flota armada. No con el firme propósito de aliarse con los rills, sino pensando que esta presencia puede alejar a los invasores attolitas.

Enfurecida, Tau se sentó junto a Aldor.

—¿Y cuánto tiempo habrá transcurrido? ¿Dos meses, cuatro meses? Para entonces puede que no quede un rill vivo y los attolitas se hayan apoderado de Tura. ¿Qué decidirán entonces los prudentes miembros del Alto Mando? ¿Ordenar tal vez a la flota que retorne con el rabo entre las piernas?

—Maldita sea. Yo pienso como tú en parte, Tau; pero el comandante debe atenerse al código. Esta situación nunca la vivieron los viejos héroes del Orden en pasados siglos. Ellos nunca se enfrentaron ante semejante situación. Dos razas están combatiendo entre sí. Una es humana y la otra es una versión grande de múridos. ¿Supones que se puede intervenir sin más? Las consecuencias podrían ser desastrosas. Toda la Galaxia está pendiente de lo que hacemos. Un desliz en la actuación de la organización y sobrevendría el caos.

—Sencillamente, estás de parte del viejo —gruñó Tau. Se echó encima una sábana y se dirigió al baño…

—No es eso. Pero me pongo en su lugar y procuro comprenderlo.

—Tú serías un perfecto comandante de Unex, cariño —dijo

sardónicamente la mujer—. Te auguro un brillante porvenir si sigues pensando siempre así.

Cerró con violencia la puerta y Aldor escuchó el chorro del agua.

Se levantó iracundo. Antes de marcharse del camarote, Dijo:

—Hoy estás imposible. Te veré mañana.

Aguardó con la puerta abierta unos segundos, esperando que ella le llamase. Sólo le respondió el ruido de la ducha. Lanzó una imprecación y cerró la puerta. Aquella noche dormiría en la sala de oficiales, si es que no encontraba un camarote desierto. Se preguntó si la teniente… Movió la cabeza. No, aquella noche no deseaba estar con nadie.

* * *

Las tres naves exploradoras emergieron al espacio normal; situándose a unos doscientos millones de kilómetros de la estrella B. Por orden del comandante Haag los dispositivos, de alerta funcionaban al máximo.

La Dama Lassala solicitó ver al comandante instantes antes de que fuese transbordada a la Unex 78S, desde la cual partiría el crucero que devolvería a los rills a su mundo de origen, Tura.

Steen la recibió lleno de curiosidad, a solas.

—Lamento importunarle, comandante —dijo la mujer—; pero tengo que hacerle una propuesta.

—Por favor, dígame de qué se trata.

—Me han permitido hablar con mis compañeros. Sólo uno de ellos está recuperándose. Los dos restantes tardarán unos días, pero confío que se restablezcan en Tura. Ellos me han sugerido que yo debería acompañarles de regreso a su mundo, comandante.

—No entiendo…

—Usted me ha prometido que informará a sus superiores… Pienso que si les acompaño y les hablo puedo convencerles más rápidamente. Precisamos la ayuda de su imperio, señor, para devolver la paz a mi raza.

Steen se mordió los labios. Efectivamente, le había confiado a la rill que su misión en aquella zona galáctica iba a ser cancelada e iniciar inmediatamente el regreso a los mundos del Orden Estelar.

También añadió que sometería al Alto Mando que los rills debían ser socorridos en su desigual lucha contra los seres de Attol.

«Sí, la presencia de esta mujer podría terminar de decidir a los jefazos», pensó Steen.

—No veo inconveniente, Dama Lassala, en que nos acompañe. Yo no me habría atrevido a sugerírselo. Pero si está dispuesta a actuar como testigo ante el Alto Mando, debo prevenirla.

—¿De qué, señor?

—No deseo ofenderla, pero mis superiores querrán asegurarse de que todo cuanto usted afirme es verdad. La norma a seguir es que usted consienta someterse a diversos controles para comprobar sus afirmaciones. Es decir, que la someterán a detectores de la verdad y se le suministrarán diversas drogas. Hasta el más escondido rincón de su mente quedará al descubierto. Nada quedará oculto.

—Pero usted no ha procedido conmigo así, ni siquiera cuando por mi estado físico no podía impedirlo.

—Legalmente no podía hacerlo, Dama Lassala —respondió secamente el comandante—. Aunque en realidad estaba tentado de hacerlo.

Ella emitió una leve sonrisa.

—Presentía algo semejante, señor. Por eso, entre mis compañeros y yo, acordamos que yo les acompañara. Mi salud es perfecta ahora y puedo soportar cualquier clase de prueba.

—Ellos están tardando en recobrarse. En cambio usted…

—Cuando los attolitas destruían nuestra nave no pudimos llegar hasta los botes salvavidas y tuvimos que refugiarnos en la única zona que quedaba con aire. Pero las radiaciones nos alcanzaron. Fueron cuarenta días terribles, casi sin comida y escasa agua. El único traje aislante me lo cedieron a mí, gentilmente.

—Fueron unos valientes soldados —afirmó Steen.

—Es cierto. Por eso deseo presentarme ante sus superiores y dejar, incluso, que me corten a pedazos.

Steen rió sonoramente.

—No será tanto. La operación será un poco más dolorosa que la sesión que padeció para ofrecernos una visión de un attolita, pero su mente no será dañada. De acuerdo. Vendrá con nosotros. Daré inmediatamente instrucciones al capitán Hensing para que desembarque en Tura a sus compañeros. Ellos descenderán en un

planeador. Siento que el Código nos impida mostrarnos más amables con sus gentes, Dama. Pero ni siquiera podemos dejarles un vehículo más sofisticado que el simple deslizador.

—Lo comprendo. Podríamos copiar su tecnología, ¿no?

—Maldita sea, no es eso. Es que…

—No tiene que explicarse, comandante. Lo comprendo, repito. ¿Volveremos pronto a su mundo?

—Aún tardaremos unos días. Después de dejar a sus compañeros. Dama Lassala, el capitán se dirigirá a la estrella A.

—Sí, esa operación también me fue informada por usted.

—Es cierto. Queremos averiguar cuanto podamos acerca del poder militar de los attolitas. El capitán Hensing se limitará a observar durante un día los tres mundos habitados y regresará para unirse a nosotros. Entonces emprenderemos el camino de vuelta. Espero que los suyos podrán resistir al menos dos meses.

—Es posible, pero no muy seguro. Recomiende al capitán Hensing que adopte precauciones al acercarse a los mundos attolitas. Puede ser atacado por el mero hecho de ser humana su tripulación.

—No se inquiete. El capitán será precavido. Apenas detecte la presencia de una nave desconocida saltará al hiperespacio y abandonará la observación.

La mujer saludó con una inclinación de cabeza y se retiró.

Steen lanzó un sonoro suspiro y se sentó tras su mesa. Pulsó un botón y pidió comunicación directa con Hensing. Seguro que el capitán estaría conforme con la propuesta de la mujer rill.

* * *

El capitán Hensing pensaba que los tres hombres rills no eran muy comunicativos. Y tal cosa le molestaba bastante. Hubiera querido tener largas conversiones con ellos, conocer profundamente todo cuanto pudieran contarle acerca de aquella lejana región galáctica. Pero dos estaban aún débiles y el que con mayor rapidez se restablecía no parecía muy dispuesto a dialogar, pese a que, al igual que la Dama Lassala, había aprendido la lengua terrícola con pasmosa facilidad.

La única que hubiera podido satisfacer su curiosidad, la mujer, se hallaba en la nave jefe desde el segundo día de su llegada a la Unex 78S. El comandante la había acaparado totalmente, dejándole a él tres hombres torvos y que casi siempre se hallaban sumidos en sueños profundos, tal vez causados por la fuerte medicación suministrada.

Hensing se alzó de hombros y miró la pantalla que mostraba el planeta Tura, situado a un millón y medio de kilómetros de la Unex. Saltó a la siguiente pantalla, que le mostró cómo el crucero con los tres rills salía del hangar y se dirigía velozmente hacia Tura. Cuando se situase a unos veinte mil kilómetros, los hombres serían proyectados a bordo de un deslizador hacia la superficie.

Siguiendo las instrucciones del comandante, no se había hecho ningún intento por establecer contacto con las autoridades de Tura. De la presencia de los terrestres se encargarían los convalecientes rills. Pero para entonces ellos estarían ya camino a la estrella A. Dos días más tarde se reintegrarían a la flotilla y de vuelta a casa.

—El crucero comunica que todo está perfectamente, señor —anunció un ayudante por el tornavoz—. En veinte minutos soltarán el planeador.

—¿Qué tal se encuentra el rill que lo pilotará?

—En perfectas condiciones. Sus impulsos vitales responden y no tendrán la menor dificultad en posar el planeador en una zona urbana.

Hensing entornó los ojos. Se relajó en su palco de dirección, después de conducirlo a un punto de apoyo en un rincón del puente de mando. Todo transcurría con tranquilidad.

Se había quedado adormilado. Le despertó el tremendo ulular de la sirena de alarma. A continuación tronó un gran estrépito en un punto no muy lejano al puente.

En su consola comenzaron a encenderse luces. Varias secciones de la Unex querían ponerse en contacto con él al mismo tiempo. Dejó que el oficial de servicio le informase.

La excitada faz del teniente Oleffson casi le gritó:

—Señor, estamos siendo atacados. Hemos sido alcanzados en el meridiano, en los puntos ocho y once.

—Mierda, teniente, ¿cómo hemos sido sorprendidos? ¿Qué pasa con los detectores de aproximación?

—Se trata de la masa planetaria, señor, que ha perturbado el sistema de vigilancia. Además, se trata de naves muy pequeñas, pero con enorme capacidad de fuego.

—Que las barran.

—Eso se intenta, señor —el teniente Oleffson comenzaba a sudar. Calló unos instantes, hasta que los puntos defensivos le iban informando—. Son muy veloces y apenas hemos alcanzado a doce de ellas. ¡Vienen por cientos! Y lo peor es que esas masas enormes están surgiendo del otro lado del planeta. De allí han partido esas flotas, y parece ser que llegan más.

Hensing palideció. Su mano derecha se aproximó a un botón y lo pulsó con rabia. En una de las esferas de comunicación apareció la imagen del comandante Steen.

—Señor —comenzó diciendo Hensing guturalmente—, nos atacan. Le paso la línea interior para que sea grabado el proceso del combate. Vamos a intentar defendernos y alejarnos hasta el punto de seguridad para huir por el hiperespacio. Sigo informando…

* * *

La inesperada noticia había cogido a Steen en su despacho privado, repasando ciertos informes en unión del teniente Aldor. No había tiempo de ir al puente, pero desde allí podía dirigir también las operaciones.

—… El cerco se estrecha. Parecen adivinar nuestras intenciones y no nos permiten alejarnos del planeta para poder usar el salto al hiperespacio.

—Condenación, Hensing, no tenemos tiempo de ir en su socorro. Estamos demasiado lejos para hacerlo en unos minutos. Tardaremos al menos diez horas. Consiga huir, aléjese por el hiperespacio sin preocuparse dónde surja. Ya nos reuniremos. ¿Pudo regresar el crucero?

—Lo siento, comandante. Sabemos que el crucero fue destruido apenas estaba acercándose a la atmósfera de Tura. Desde el espacio exterior los destrozaron unos misiles o lo que sean.

—¿Tuvieron tiempo los rills de saltar a la superficie en el planeador?

—No, no. Han muerto todos. Malditas sean esas naves, señor. Si pudiéramos maniobrar en espacio abierto acabaríamos con esos moscones. Sus daños no pueden ser efectivos, pero no nos dejan salir de órbita.

—Tiene que hacerlo, capitán, tiene que hacerlo.

Aldor asistía angustiado al diálogo. Conocía perfectamente la situación en que se encontraba la Unex del capitán Hensing. Aquella poderosa máquina de guerra, casi invencible, había caído en la única trampa donde una Unex podía ser vencida: su proximidad a un mundo sin haber previsto la posibilidad de un combate y tener establecida la coraza energética alrededor de la gran esfera.

Ni siquiera podían sacar los demás cruceros al espacio para alejar a las pequeñas naves. Apenas fueran saliendo de los hangares serían destruidos por el enemigo.

Hensing volvió a hablar, y lo hizo con voz más fúnebre aún que la que había estado empleando:

—Creo que debemos despedirnos, señor. Se aproximan enormes naves, tal vez sean las nodrizas de estos moscones; pero me temo que ellas rematarán la obra…

—¿Hensing se daba por vencido? —se preguntó Aldor, sin poder dar crédito a lo que escuchaba. Las Unex eran poderosas naves, que aunque no invencibles, podían ocasionar a un posible enemigo mucho más daño antes de caer vencida.

Súbitamente la voz de Hensing dejó de escucharse. Steen cerró los puños y agachó la cabeza. Desde su lugar, Aldor creyó ver en los ojos del comandante alguna lágrima de rabia, de impotencia.

CAPÍTULO VI

Las siguientes veinte horas fueron difíciles para las tripulaciones de las dos Unexs.

Todo el mundo, desde los altos oficiales hasta el encargado de las secciones hidropónicas, esperaba impaciente la decisión del comandante.

Presentían cuál iba a ser.

Steen se había encerrado en su cabina y ella permaneció a solas más de diez horas. Al cabo de este tiempo, mantuvo una conversación privada con Van Loon. Fue secreta. Nadie pudo enterarse de qué se trataba.

A continuación, Steen consultó con varios Oficiales de su nave diversas cuestiones.

Se ordenó la aproximación de las dos unidades a un punto equidistante entre las estrellas
A y B
, viaje que se estaba realizando a través del hiperespacio. Por lo tanto, los hombres y mujeres llegaron a la conclusión que por el momento no se iba a regresar.

—¿Qué pretende? —preguntó Tau a Aldor—. ¿Tomar más datos, más informes de esos asesinos?

El teniente se encogió de hombros. Sabía perfectamente que la muchacha comenzaba a sentir desprecio hacia el jefe de la expedición. Según ella, la única salida a la situación planteada era una réplica violenta a los agresores de la Unex 78S.

—No lo sé aún —dijo Aldor—. Ha llamado a la Dama Lassala. Parece qué tiene un plan.

Tau no tuvo oportunidad de replicar. En la antesala del despacho de Steen, donde se encontraban, entró la rill. Aldor se incorporó y le dijo:

—El comandante la espera. Sígame.

La introdujo en el despacho, anunciando su llegada. Iba a retirarse cuando Steen le ordenó que se quedase después de cerrar la puerta. Mientras lo hacía, Aldor dirigió una mirada a Tau, sonriendo íntimamente. La muchacha se mordía los labios, tal vez decepcionada porque ella no iba a asistir a la entrevista.

En el despacho de Steen estaba también el capitán Craig, situado a la derecha del comandante, de pie y mostrando ligero cansancio. Parecía haber trabajado intensamente desde que Steen le llamó, hacía más de seis horas.

—Siéntese, Dama Lassala —pidió el comandante. Tenía el rostro demacrado y seguía pálido, aún visiblemente afectado por lo acontecido.

—¿Puedo expresarle cuánto siento lo sucedido, señor? —preguntó la rill. De su rostro sólo se movieron los labios. El resto permanecía, imperturbable.

—Usted ya conoce perfectamente lo sucedido. Desearía, realmente, que me explicara lo que pasó. ¿Qué hacían esas naves tan cerca de su planeta?

—Eran naves attolitas, señor.

—Indudablemente. Pero usted nunca mencionó que maniobrasen tan cerca de Tura.

—Hace más de cincuenta días que salimos de Tura, señor. En ese tiempo, al parecer, han sucedido muchas cosas. Y, desgraciadamente, poco afortunadas para nosotros. A la conclusión que puedo llegar es que nos han cercado.

—Un cerco a un planeta no es fácil de mantener. ¿Por qué sus compatriotas no rechazan esa presencia?

—No somos muy fuertes, señor. Por desgracia ya ha tenido ocasión de comprobar que esos monstruos son muy fuertes. Deduzco que están concentrando toda su armada estelar alrededor de Tura, impidiendo que nuestra flota salga al espacio. Cuando consideren llegando el momento, se lanzarán al ataque. Y será el fin para nosotros. La destrucción o la esclavitud.

—La nave donde la encontramos era tan grande como nuestras unidades. Eso demuestra que ustedes son capaces de construir ingenios bélicos poderosos. No comprendo su pasividad, la pasividad de sus compatriotas.

—Usted debió dejarme comunicar con ellos —dijo, la rill en

tono recriminatorio—, consultarles.

El comandante asintió. Señaló un comunicador instalado a la derecha de su mesa. Dijo:

—Los técnicos acaban de montarlo. Hemos localizado el tipo de onda que usan en Tura y tenemos línea directa con sus líderes, Dama Lassala. Después de una larga conversación les hemos dicho que usted iba a hablarles.

—¿Puedo decirles que ustedes nos ayudarán? —preguntó Lassala sentándose delante del aparato.

Steen tardó unos segundos en responder:

—Pregúnteles qué ha sucedido, cómo están las naves attolitas orbitando Tura impunemente. Puede decirles que la hemos rescatado y también que lamentablemente sus compañeros murieron cuando iban a ser devueltos a su mundo. Añada que hemos perdido parte de nuestra nota, pero no especifique que se trata de un tercio de nuestros efectivos.

El comandante dirigió una mirada a Aldor. El teniente tardó un instante en interpretar el gesto, pero enseguida comprendió que su jefe quería allí su presencia porque la conversación entre Lassala y los dirigentes de Tura iba a celebrarse en el idioma rill, que él conocía perfectamente.

Lassala esperó hasta que el globo mostró la imagen de dos hombres y una mujer, de avanzada edad. Entonces comenzó a hablar en la lengua rill, iniciando una larga conversación. Los tres líderes de Tura sólo mostraron ligeras sorpresas ante diversos pasajes de los extensos monólogos de Lassala. Luego habló uno de los hombres, ella respondió y la comunicación se cortó.

La rill se volvió hacia Steen. Secamente, dijo:

—Comandante Steen, la nave que ustedes descubrieron era la única que disponíamos hace dos meses capaz de enfrentarse contra los attolitas. Confiábamos que con ella íbamos a poder mantenerlos lejos de nuestro planeta, hasta que terminásemos de construir más como ella. Ya sabe el fin que tuvo. Más tarde, los attolitas cercaron nuestro mundo. Las escasas y pequeñas naves que consiguieron despegar fueron abatidas. Cualquier objeto que se levante de la superficie de Tura es destruido. Sólo podemos esperar la invasión, el bombardeo masivo de las ciudades.

»Los que hablaron conmigo forman el triunvirato dirigente en mi

mundo. Me han dicho que todo acabará pronto si yo no consigo la ayuda de ustedes para romper el cerco y permitir que nuestra no muy numerosa flota salga al espacio y establezca una esfera defensiva.

—Le pedí que no dijese nada de nuestra posible ayuda —dijo, molesto, el comandante.

Aldor consideró que debía intervenir.

—Ella no habló riada respecto a que había solicitado nuestra ayuda, señor. Ni siquiera mencionó que iba a volver con nosotros a la base. Sus jefes debieron pensar en nuestra alianza cuando supieron que somos, humanos y la rescatamos de la nave destruida.

—Veo que aún desconfían de mí —dijo Lassala con amargura.

—No, ya no podemos tener ningún recelo hacia usted, hacia los suyos —protestó Steen—. El condenado código me obliga a actuar como un insensible ser ante el peligro que corre su raza, Dama Lassala. Puedo decirle que estoy dispuesto a socorrer a su pueblo.

Los ojos de la mujer se iluminaron.

—Sí, así lo he decidido hace unos minutos con el capitán Van Loon. Esta conversación de usted con sus dirigentes sólo me iba a servir de suministro de datos.

—¿Puedo preguntar qué van a hacer?

—Nos estamos situando en la ruta obligada de las naves attolitas que proceden de los planetas de la estrella A. Es indudable que continuamente están enviando naves para engrosar o proporcionar suministros a las que lo forman. Quiero capturar una.

—Usted desea ver con sus propios ojos un attolita.

—Sí, así es.

—Y también interrogarlo, ¿no?

—Sería magnífico…

—Pero realmente su intención es iniciar una conversación de paz con ellos —Lassala sonrió socarronamente—. Aún sigue pensando que es posible entenderse con los attolitas.

Steen bajó la mirada. Los fríos ojos de aquella mujer le aturdían. Reconoció:

—Lo siento. De todas formas estoy obligado a seguir una línea de actuación.

—No conseguirá nada. Ellos no querrán dialogar con ustedes, y si consiguen algunos prisioneros, preferirán morir antes que hablar.

Y no cuente con sus medios persuasivos. Están acondicionados para no revelar nada.

—Lo presiento; pero debo hacerlo. Luego atacaremos a los attolitas que cercan Tura. Sólo perderemos un día o dos.

Ella se levantó.

—Espero que no será una pérdida de tiempo crucial. Empero, señor, tengo que darle las gracias. Estoy segura de que esos monstruos serán barridos por sus naves. Nunca esperarán un ataque del exterior.

—Cuento con el factor sorpresa. Aunque contamos con un par de cientos de cruceros, además de la potencia de fuego de las Unexs, no somos invencibles.

—Lo supongo. Repito mi agradecimiento, señor.

Lassala hizo una inclinación de cabeza y se retiró.

Apenas Aldor obtuvo permiso de Steen para marcharse, corrió en busca de Tau. La encontró en la sala de lectura, fumando en silencio y con el ceño fruncido.

—No has esperado —la recriminó él.

—El secretario del comandante me miraba de mala forma. Antes que me preguntara si tenía permiso para estar allí decidí largarme. ¿Qué ha pasado? ¿O se trata de secreto militar?

—Puedo decírtelo. En breve lo sabrá todo el mundo. El comandante está dispuesto a aliarse con los rills.

El rostro de Tau se iluminó.

—Al fin el viejo actúa como debe. ¿Cuándo atacaremos la flota attolita?

—Bueno, no será enseguida. Primero vamos a interceptar algunas naves que cubren la ruta entre los planetas de la estrella A y Tura.

Le explicó la intención de Steen de conseguir un diálogo con los seres de Attol, y si esto fallaba, obtener unos prisioneros.

Aquello desilusionó un poco a Tau. Dijo:

—Debí figurarme que el viejo no iría directamente al asunto. Pero algo es algo —se levantó y besó a Aldor—. Perdona mi malhumor. Esta noche no habrá discusión alguna entre nosotros.

—¿Por qué lo prometes?

—Seguramente me ordenarán regresar a mi Unex y no volveremos a vernos en algún tiempo. Quiero tener un buen

recuerdo.

Aldor recordó algo y dijo:

—Antes de salir, el capitán Craig me aseguró que los cruceros interceptores serán de esta Unex. Por lo tanto, precisaremos un grupo de abordaje especializado, que, puede ser el tuyo.

* * *

En el crucero, Aldor echó de menos la amplitud a que estaba acostumbrado en el puente de mando de la Unex. Sin embargó, existía allí un ambiente cálido que le agradaba. Craig mandaba la patrulla compuesta de diez cruceros y todos los sistemas detectores funcionaban a pleno rendimiento.

La tarea de localizar un navío estelar attolita era una tarea difícil, nada sencilla. Pero la distribución de los diez cruceros cubría una amplia zona, que según las estimaciones era suficiente para descubrir una nave contraria.

Llevaban casi media jornada navegando a escasa velocidad, pero con los inyectores propulsores siempre dispuestos para incrementarla y rodear la posible presa en cuestión de minutos.

Aunque al principio el comandante Steen se negó, al final tuvo que acceder a que la Dama Lassala viajase en el crucero de Craig. Los attolitas tenían una lengua propia muy difícil de aprender, además de dominar también el idioma rill. Las sala tenía que servir de intérprete cuando intimidasen a la nave de Attol a que se rindiese.

Llevaron café al puente. Aldor tomó una taza y bebió un sorbo. Recordó a Tau, alojada con su pelotón en una sala del crucero, en tensa espera, aguardando su posible intervención.

El serviola anunció repentinamente:

—Objeto detectado en el cuadrante cinco treinta. Velocidad diez mil kilómetros por segundo. Distancia…

Rápidamente los potentes telescopios localizaron el objeto. Unos segundos más tarde, lo tenía en un visor del puente.

—Es un carguero attolita —aseguró Lassala.

—¿Qué armamento llevan? —preguntó Craig.

—Proyectores similares a los láser de ustedes. Creo que también

disponen de misiles lumínicos.

Craig movió un dial. La coraza energética comenzó a rodear el crucero. Su acción sería secundada por los demás cruceros, que al mismo tiempo comenzarían a reunirse para atajar el camino del navío de Attol.

Aldor dijo a Lassala:

—Ya lo tiene dentro del radio del comunicador. Podremos tener incluso contacto visual.

Lentamente, Lassala empezó a mover los mandos del comunicador. La esfera brillante empezó a agitarse, conformando una figura.

Aldor era el único en el puente que no tenía una misión específica y miraba lo que hacía Lassala. Abrió los ojos cuando la imagen de la esfera adquiría claridad. Apenas tuvo una ocasión, reducida a una fracción de segundo, para ver el rostro que allí estaba terminando de cobrar nitidez. Enseguida se borró.

—Imposible contacto visual —dijo Lassala—. No lo comprendo. Tal vez la coraza energética lo impide. Es igual. Podremos hablar. —Y empezó a enviar un mensaje en una lengua llena de gruñidos.

Aldor la escuchó con admiración. Reproducir aquellos sonidos con lengua humana era una labor ardua. La imagen dentro de la esfera seguía siendo borrosa. No se apreciaban contornos. Lamentó aquello. Era una buena oportunidad para ver la presencia de un attolita.

La conversación entre Lassala y su interlocutor era un constante cambio de frases cortas. La expresión de la. Mujer era cada vez más dura. Jadeante, miró a Aldor. Craig seguía atento a la aproximación de la nave enemiga y les daba la espalda.

—Lo siento, no tienen la menor intención de rendirse.

—La otra parte ha hablado mucho. ¿Qué decía?

—Mayormente, insultos. No me han creído.

—¿Qué no han creído? —preguntó Craig, haciendo deslizar su asiento hacia donde estaba Lassala.

—Que ésta sea una nave procedente de un lejano planeta. Se resisten a creer que no seamos rills que hayamos burlado el bloqueo.

—Es absurdo. Deben habernos localizado. Diez naves como ésta no pueden haber burlado el cerco. Además, dudo que nuestros

modelos sean semejantes a los de Tura. ¿Por qué no funciona el contacto visual?

—Interferencias —repuso Lassala. Dijo algo más en idioma de Attol y la tenue sombra dentro de la esfera desapareció—. Lo siento. Han cortado la comunicación. Casi todo lo que han dicho fueron insultos. Son demasiado orgullosos para admitir otros pueblos humanos en otra parte de la Galaxia. Va a atacarnos.

—Están locos. Deben saber que nada pueden hacer.

—Tal vez esperan recibir ayuda —comentó Lassala, encogiéndose de hombros.

—De ninguna manera. Interferimos cualquier solicitud de ayuda de ellos. Y estamos seguros de que no se acercan más naves en un radio de veinte millones de kilómetros —masculló Aldor.

Una voz anunció:

—Proyectil. Se dirige liada el crucero número cuatro, a estribor.

—Intercéptenlo. Quizá eso les convenza de que nada tienen que hacer.

La nave enemiga había disminuido la velocidad. Pero cuando intentó virar, estaba totalmente rodeada. Lanzó más misiles y luego disparó sus proyectores láseres.

Las andanadas que acertaron fueron absorbidas por las corazas energéticas de los cruceros.

—Disparen a mil metros de la nave attolita —ordenó Craig a los cruceros.

Pudieron observar a través del visor cómo las explosiones ígneas rodearon el carguero attolita, sin causarle ningún daño.

—Confiemos que esto les haga rendirse. Si no lo hacen están locos.

—Son fieras, no locos. Preferirán morir antes que rendirse —dijo Lassala muy segura.

—Craig, se dirige hacia nosotros —dijo Aldor después de mirar el trazo de deriva del carguero—. Y disparan, al parecer, todos sus efectivos.

Craig se mordió los labios.

—No existe otra alternativa. —Y dio órdenes a los artilleros para que disparasen, aunque debía intentarse no dañar seriamente el carguero—. Confío que queden algunos que podamos atrapar vivos.

Aldor avisó a Tau que estuviera dispuesta para abordar la nave.

En aquel momento los misiles enemigos fueron destruidos a medio camino. Segundos después, los disparos de los cruceros provocaron una explosión en la proa del carguero. Dejó de disparar.

Craig ordenó el alto el fuego. Los cruceros viraron ligeramente y navegaron a velocidad igual a la del tocado carguero.

Se volvió para mirar a la rill.

—Lo siento, no pude hacer más. ¡Me hubiera gustado que no hubiesen comenzado la batalla!

—Estaba segura que éste sería el final, capitán —afirmó Lassala —. Los conozco muy bien. Y diga a sus hombres, si es que piensa enviarlos al carguero, que tengan cuidado. Si queda algún monstruo vivo seguirá luchando.

—Quiero ir con el pelotón; Craig —pidió Aldor.

El capitán se limitó a asentir y Aldor salió corriendo del puente.

CAPÍTULO VII

Raf Aldor acababa de decir:

—Estamos predestinados a asaltar naves muertas.

Un estallido eclosionó a menos de un metro de ellos. Tau se arrojó al suelo del pasillo y desde allí respondió a Aldor:

—Vaya adivino que estás hecho, cariño. Ahí hay gente. Y muy viva.

Los soldados se desplegaron. Tau disparó su láser, protegiéndoles el avance. Luego ellos cubrieron a su alférez cuando se levantó y de una carrera se plantó en el flanco de quien les había casi sorprendido.

Aldor corrió hasta su lado, advirtiéndole:

—Debemos procurar cogerle vivo.

—Ojalá pudiéramos, maldita sea. Pero no consentiré que hieran siquiera a ninguno de mis soldados.

Luchaban en una destrozada nave sin aire, moviéndose con sus enormes trajes de vacío y de combate al mismo tiempo. Gracias a sus visores infrarrojos podían ver en la total oscuridad, sólo rota por los vividos destellos de los disparos.

—Hay más de uno —avisó por radio un soldado que había logrado situarse en un puesto avanzado—. Creo que cuatro o cinco. Detrás de ellos veo varios cuerpos, algunos reventados por la descompresión.

—No podemos quedarnos aquí todo el día —masculló Tau, disparando—. Si no es posible vivo, llevaremos unos cadáveres para que se entretengan con ellos los cirujanos. Destripar una rata gigantesca les gustará.

De pronto, una figura embutida en un traje de vacío oscuro se alzó de entre los defensores y corrió hacia ellos por el destrozado corredor, disparando sin cesar su arma de rayos.

De izquierda y derecha le dispararon y cortaron su carrera

suicida, como si hubiera chocado contra un muro.

El vigía avisó:

—Era un ardid para distraernos. Los demás se han largado. Creo que han tomado una desviación que hay a la derecha.

Tau se puso en pie de un salto, saltó por encima del cadáver attolita. Aldor la siguió y echó una mirada al enemigo. Su cabeza había salido del traje al romperse la escafandra. Vio una enorme cabeza de rata, con los ojos desorbitados, de profundo color sangre. Sintió un escalofrío.

—Tenemos que cortarles la huida —dijo, jadeante Tau—. Es posible que intenten alcanzar un salvavidas. Nosotros debimos sorprenderles cuando iban en su busca.

Otro attolita se rezagó para contener la persecución. Pero esta vez estaba bien parapetado detrás de un derribado mamparo de acero. Todo el pelotón tuvo que ponerse a buen recaudo. Aldor vio que uno de los soldados era alcanzado y parte de su brazo volaba hacia el techo. Otro corrió a su lado y rápidamente le practicó un torniquete, le soldó el desgarro del traje y le administró un sedante. Luego comenzó a retirarle hacia la salida, donde aguardaba la lancha de desembarco.

Tau indicó a tres soldados que mantuvieran un fuego a discreción. Los demás entraron por unos derribados tabiques, salvaron un montón de obstáculos y vieron cómo algunas figuras corrían para entrar en una esclusa. Aldor se les adelantó y disparó apenas los tuvo a su alcance. Confusamente vio que se trataba de un pequeño hangar. Había una nave en la que apenas habían tenido tiempo de introducirse algunos enemigos.

La alférez se le reunió. Aldor la vio sonreír al otro lado del azulado cristal de su casco.

—Vaya, cariño. Veo que te adaptas bien a la lucha. ¿Qué has hecho?

—Me temo que una carnicería —masculló Aldor—. Intentaban huir.

Se acercaron los soldados y fueron inspeccionando los cuerpos caídos. Uno informó a la alférez que el attolita que se había rezagado fue alcanzado y eliminado.

Alguien gritó diciendo que una de aquellas ratas aún vivía. Le sellaron un boquete en el traje, por el que fluía burbujas de sangre.

Luego, rápidamente, tres soldados cargaron con él y se marcharon a toda prisa.

Tau dijo a sus soldados:

—Acabemos de una vez. Mirad si queda algo con vida para largarnos.

Un grito atrajo la atención de todos hacia un soldado inclinado sobre una inmóvil figura. Vestía un traje de vacío de color amarillo, distinto a los que usaban los attolitas.

Aldor se agachó y empujó al soldado. Levantó la visera y enfocó la luz de su lámpara hacia el interior del casco. Al otro lado del plástico azul vio un rostro. Soltó un gemido.

Luego se apartó para que todos pudieran ver.

* * *

Apenas entró en el hangar donde estaba anclado el crucero que había comandado el capitán Craig, Steen preguntó a la Dama Lassala:

—¿Puede explicarme qué hacía ese humano en el carguero de Attol?

—La respuesta es obvia, señor. Se trata de un prisionero de esos monstruos.

—Había tres humanos más, pero muertos, según me han dicho. ¿Para qué los llevaban, indudablemente, hacia el cerco de Tura?

Lassala entornó los ojos. Dijo suavemente:

—Seguramente el jefe de la flota invasora quería interrogarlos.

—No es lógico.

—Allí serian torturados para que hablasen. Y le aseguro que esos monstruos no usan métodos científicos que apenas dejan huellas, señor. Ellos gozan haciendo sufrir a los humanos hasta matarlos.

—¿Los reconoce?

—No estoy segura; pero es posible que pertenecieran a la tripulación del navío nodriza donde me encontraron.

—¿No está segura?

—Eran varios miles de personas las que componían la tripulación, señor.

—Entiendo. ¿Por qué no se retira a descansar, señora?

—Estoy impaciente por hablar con ese muchacho que rescataron.

En aquel momento, Aldor bajó del crucero. Después, de saludar a su jefe, dijo:

—El doctor me ha dicho que acudimos a tiempo, señor. —Su rostro estaba velado por una sombra de preocupación—. Afortunadamente pudimos transportarlo rápidamente a la unidad de frío, donde anulamos el proceso de radiación y descomposición. Sus heridas eran muy graves.

—Pero si el doctor Marvin dice que puede salvarlo, lo hará —asintió Steen—. Apenas nos anunciaron su regreso, llamamos al doctor desde la 45S. Es el más indicado en estos casos. Hizo un buen trabajo salvándoles a ustedes —añadió mirando a Dama Lassala.

Ella se limitó a mover ligeramente los ojos.

—Si hubiera sabido que entre aquel grupo que huía tratando de abordar el bote había un humano rill… Bueno, creo que no habría disparado tan alocadamente, señor —se disculpó Aldor.

—No se atormente más, teniente. Nadie puede recriminarle nada. Usted hizo lo que debía en aquel momento: evitar que huyeran. Un bote habría podido burlar el cerco de los cruceros y avisar a los demás attolitas de nuestra acción. Ellos aún ignoran que existimos.

—¿Siguen pensando que los attolitas están convencidos que cuando destruyeron la Unex 78S estaban aniquilando una nave rill y no procedente de una parte remota de la Galaxia?

—Ha de ser así —se apresuró a intervenir Lassala. Es una raza muy orgullosa. No conciben otras inteligencias que las suyas. De hecho, nuestra presencia les perturbó mucho. Quieren ser únicos en el Universo. Por eso están tratando de destruirnos. Lo intentan desde que nos descubrieron.

—¿Qué hay respecto al prisionero attolita, teniente?

—El equipo de Marvin también ha trabajado duramente con el múrido, señor. Sufrió la amputación de un miembro y perdió mucha sangre, pero consiguieron fabricar una sintética partiendo del plasma humano. Marvin confía que antes de veinticuatro horas podrá ser interrogado.

—Será una lamentable pérdida de tiempo —masculló Lassala,

repentinamente pálida—. Se dejará matar antes de hablar. Pueden lanzarle por una esclusa ahora mismo y se ahorrarán trabajo.

Aldor la miró incrédulo.

—Está llena de prejuicios, Dama Lassala —dijo—. Su odio hacia los múridos impide que razone lógicamente. Si logramos que el attolita hable, podremos salvar muchas vidas en las jornadas venideras.

—A veces no les comprendo —Lassala agitó la cabeza—. Presenciaron la muerte de miles de compañeros suyos cuando sorprendieron la nave nodriza y el crucero que iba a dejar en Tura a mis desdichados compañeros. Los monstruos no les dieron ninguna oportunidad. Atacaron sin más. ¡Y aún siguen conservando una serenidad absurda, unas consideraciones hacia esos abortos de la naturaleza que me induce a pensar que su sangre no es caliente!

—Comprendemos su odio hacia esas criaturas, señora —dijo un poco impaciente el comandante—. Pero nosotros no podemos permitirnos el lujo de perder la paciencia. Si es cierto lo que dice y el múrido no hablará, de todas formas atacaremos dentro de treinta horas. Ahora nos estamos acercando hacia la estrella B. Surgiremos del hiperespacio a una distancia de quinientos mil kilómetros de Tura, escupiendo por nuestras esclusas los doscientos cruceros. El ataque será por sorpresa, y antes que puedan reaccionar, serán barridos. Conseguiremos romper el cerco, se lo prometo.

—Será suficiente para que nuestra flota pueda despegar y ayudarles a destruir hasta la última nave enemiga. ¡Y luego marcharemos hacia los mundos de la estrella A y vengaremos a los pobres colonos que fueron masacrados por los monstruos!

Steen entornó los ojos. Dijo pausadamente: —Confiemos que no suframos muchas pérdidas después de esa batalla. Por lo pronto, aún no es tiempo para pensar en otra.

Asintió con la cabeza a manera de saludo y se retiró, después de pedir a Aldor que le mantuviese informado de la evolución del prisionero attolita.

Tau había estado en el fondo de la plataforma dando instrucciones a su pelotón. Cuando se hubieron retirado los soldados, se reunió con Aldor. Sonreía al decir:

—Cariño, tengo que felicitarte.

—¿Por qué?

—Peleaste en el carguero enemigo como un auténtico especialista en desembarcos.

—¿Creías que esa clase de enseñanza sólo se la impartían a los grupos especiales? —replicó Aldor con sorna—. En la Academia nos exprimen bien, encanto. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Darme un baño relajante y tenderme unas horas en la, playa.

Tau se refería al solárium, que incluso contaba con un trozo de playa artificial, de suave arena dorada. Las palabras de la chica habían sido adornadas con un sugestivo guiño.

—Iré allí cuando vea a Marvin y me entregue el último parte de sus pacientes. Apenas se lo traspase al comandante, me reuniré contigo.

La muchacha asintió, titubeó un instante y se consideró obligada a decir a la rill:

—Dama Lassala, usted está aún muy pálida y creo que le conviene un baño y una toma de sol. ¿Viene Conmigo?

—No, gracias. Deseo esperar aquí. Apenas me autorice el doctor, quiero ver a mi compatriota.

—Comprendo. Hasta luego, cariño.

Aldor la miró alejarse. Sonrió levemente. Era mejor que Lassala no hubiera aceptado la protocolaria invitación de Tau. En la playa estarían a solas, y si había, alguien más, siempre podrían buscar un rincón oculto donde hacer el amor y relajarse unas horas.

En breve iban a estar muy ocupados. Se avecinaba una batalla importante, y aunque se contase con el factor sorpresa, iba a ser dura.

Hacía unas semanas, aquella misión poseía todas las trazas de resultar monótona y aburrida. Aldor se preguntó si los sistemas de vigilancia del Orden habían acertado en la diana con perfecta precisión al descubrir indicios de guerra en lugar tan lejano de la Galaxia o sólo se debía a un resultado fortuito, procediendo las alteraciones, realmente, de un agujero negro, aún no localizado.

Se volvió y vio al doctor Marvin descender del crucero fuertemente vigilado por soldados armados. Se dirigió hacia él, ansioso por conocer la situación de los heridos. Se recriminó mentalmente. Su primer pensamiento había sido hacia el múrido, olvidándose del humano.

De soslayo, observó que la mujer rill permanecía alejada, con la

mirada clavada en el doctor.

Aquella visión, de no existir las perturbadoras circunstancias que habían llenado de desasosiego a Aldor, le habría despertado una pasión mayor aún que las anteriores.

Tau yacía desnuda sobre la tibia y suave arena, llena de luz procedente de las lámparas solares. Tenía los ojos cerrados y su mano derecha se movía suavemente, cogiendo puñados de arena que dejaba deslizar sobre su vientre sensualmente.

Debió escuchar los pasos de Aldor sobre la arena, ya que abrió los ojos, sonriéndole.

—¿Qué haces vestido? Ven aquí… —y le tendió las manos.

—Tengo que decírtelo, Tau.

—¿Qué tienes que decirme? —preguntó ella. Su sonrisa había desaparecido y le miraba como a un desconocido.

—Por Dios, Tau, la cabeza va a estallarme. Yo debería estar diciéndoselo al comandante y no estar aquí. Pero antes de exponerle mis temores y dudas, tengo que confiarme contigo.

—¿Por qué conmigo?

—Sencillamente porque tú estás convencida de que debemos acabar con los múridos que cercan Tura.

Ella se levantó, sacudiéndose la arena del cuerpo. Brillaron sus ojos cuando preguntó:

—¿Y qué?

—Sólo si despierto en ti la misma duda que me corroe seré capaz de confiárselo al comandante.

Tau recogió una ligera bata transparente de la arena y se la puso.

—Rafael Aldor, te aconsejo que hables claramente.

—Eso pienso hacer, condenación. Mira —mostró un cilindro de grabación—. Tengo el informe de Mervin, que acabo de escuchar. Yo debo completarlo añadiendo el mío, pero necesito tiempo para ordenar mis ideas.

—¡Habla de una vez!

Estaban solos en la playa. Una pareja se había retirado bajo unas palmeras y no podían escucharles.

—Mervin está también confundido. El múrido habló algo en su idioma, esa lengua ruda y…

—Sé cómo hablan esos monstruos.

—Pues ese monstruo, como tú les llamas, antes de perder de nuevo el sentido se expresó en lengua rill.

—¿Qué tiene eso que ver? Cualquier ser medio inteligente puede aprender otra lengua.

—Pero no hablarla cuando está bajo los efectos de unos poderosos sedantes que anulan su consciencia. ¡Esos seres son bilingües! Lo cual es absurdo, ya que es imposible porque Lassala afirmó que nunca mantuvieron contactos culturales con su raza. Por el contrario, apenas fueron descubiertos por Attol, comenzó la guerra.

—¡Eso no significa nada!

—Hay más. El humano mantuvo una ligera conversación con Mervin. Fue antes de que escuchara hablar al múrido en los dos idiomas. El rill también domina las dos lenguas. Primero lo hizo en attolita, y al percatarse que Mervin no le comprendía, usó el rill. Pero Mervin no se arriesgó a cansarle y decidió no interrogarle, dejándole solo.

—Sigo sin saber adónde quieres ir a parar.

—Escucha, Mervin también asistió a los rills. ¿Por qué Lassala fue la única que respondió al tratamiento? Mervin ha insistido en que lógicamente los cuatro debían estar recuperados, pero Lassala era la única que aparentaba estar fuerte, mientras que los tres hombres seguían postrados en una debilidad ilógica. Además, se les entregó los pequeños utensilios que tenían en sus trajes, después de verificar que no podían ser armas. ¡Pero Mervin encontró poco antes de ser traído a esta Unex que los rills dispusieron de unos aparatos con los cuales podían comunicarse con los suyos incluso hasta Tura!

—Nadie detectó esas llamadas…

—Usan una onda especial, distinta a las nuestras. También servían esos aparatos para captar mensajes dentro de esta gran nave. ¿Cómo de otra forma iba a saber Lassala las letras de nuestro alfabeto por el que habíamos bautizado las estrellas del triángulo solar? He repasado la primera entrevista que mantuvo con Steen y ella reconoció la estrella de Tura con la letra A. ¿No resulta también muy extraño la rapidez con que aprendió nuestro idioma?

—Aldor, Aldor, sé lo que intentas decirme, pero ignoro realmente si lo crees firmemente o se trata de tu terquedad por

permanecer fiel al código.

—¡Al infierno el código! Ahora se trata de comenzar o no una guerra que puede durar años y consumir miles de millones de seres, extendiéndose por toda la Galaxia. Aún recuerdo, Tau, los rostros de los tres rills cuando embarcaron en el crucero que debía dejarles en su mundo. ¡No parecían contentos, sino que se mostraban como corderos camino del matadero!

—¿Cómo iban a saber que tenían que morir?

—Porque se llevaron esos pequeños aparatos comunicadores. Había cuatro y Mervin está seguro que ellos se llevaron tres. El cuarto está en poder de Lassala, seguro.

—Termina de una vez, di lo que sea.

—Lassala ha debido tener una gran autoridad sobre, esos hombres, Tau. Los obligó a embarcar en la Unex, con instrucciones precisas. Desde entonces, ella ha estado en contacto, cuando ha querido, con los suyos, recibiendo y dando instrucciones.

—¿Qué pudieron hacer esos hombres, Raf?

Aldor aspiró hondo antes de decir:

—Incitar a las naves attolitas a que atacaran. El cerco todavía no era total. Las naves múridas surgieron de pronto, como respondiendo a una llamada… o a una provocación.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—El comandante espera el informe. Por tu mirada compruebo que estás conmigo, que no es ninguna locura lo que pienso.

—Eso lo dejarás para más tarde, querido. Si Lassala sigue rondando el crucero donde Mervin asiste a los heridos porque no pueden ser trasladados a la enfermería, en cualquier momento puede ocurrir algo irreparable.

—Tienes razón. Y esos seres son las únicas pruebas reales que disponemos.

A la salida de la playa había un tubo gravitatorio que afortunadamente podía conducirles hasta el hangar donde estaba anclado el crucero de Craig en pocos segundos.

La pareja que se hallaba enfrascada en sus caricias miró sorprendida y molesta la brusca carrera emprendida por aquel oficial y la mujer casi desnuda.

CAPÍTULO VIII

Apenas fueron escupidos por el tubo comunicador, vieron los cuerpos caídos de los soldados qué habían estado montando guardia en la entrada del crucero. El resto del hangar estaba desierto.

Aldor se adelantó a Tau y fue el primero en salvar la rampa que conducía a la entrada. Saltó para no tropezar con otro cadáver. Era de un ayudante de Mervin.

El interior de la nave de guerra estaba desoladamente vacío. Corrieron hacia la pequeña enfermería donde habían sido conducidos los heridos hallados en el carguero attolita.

Al doblar un recodo del pasillo, vieron que Mervin se arrastraba hacia ellos. Dejaba un denso reguero de sangre que surgía de sus heridas; Había sido alcanzado por varios disparos de láser y los daños en su cuerpo eran irremediables.

Mervin logró decir:

—Está loca… Quería subir y los soldados me pidieron permiso, que yo les negué… Entonces los mató y me persiguió… Me alcanzó. Por Dios, detenedla. ¡Va a matarlos!

Aldor se inclinó para ayudar a su amigo cuando éste, pesadamente, se derrumbó. El teniente crispó los puños. Cegado, se precipitó contra la entornada puerta de la enfermería.

Tau corrió hacia la puerta de la derecha, pero un grito le hizo retroceder. Entonces, al llegar a su lado, Aldor vio lo que pasaba en la habitación.

Lassala estaba allí, empuñando en sus manos sendas armas. Con una apuntaba al attolita, que trabajosamente se estaba incorporando de la cama donde había estado sujeto. Las cintas magnéticas colgaban inactivas. La otra pistola se había dirigido hacia Tau y Raf.

—Sois unos entrometidos —masculló Lassala. Enseguida sonrió —. Pero no vais a tener ocasión de arrepentiros —se volvió para

mirar iracunda al múrido, que le devolvió la mirada con ojos opacos —. Vamos, monstruo, quiero que te dirijas a la otra habitación y estrangules al humano que está allí.

—Lassala, no sé lo que se propone, pero está loca si piensa que seguirá engañando a todo el mundo.

—¿Crees que no será posible? Cuando se descubra esto todo el mundo pensará que el monstruo mató al muchacho y luego atacó a los soldados, después de asesinar a sangre fría al doctor y su ayudante de guardia.

—Te olvidas de nosotros —sugirió Tau, fríamente.

—Lo siento, pero ahora serán más víctimas que achacarán a este monstruo. —Se encogió de hombros y realizó un gesto de asco hacia el múrido, que al final se había incorporado y se tambaleaba.

—Serás descubierta antes de que prepares el escenario.

—No. Lo he calculado bien. Hasta dentro de una hora no se efectuará el relevo. Entonces habré terminado y estaré lejos. Nadie me acusará de nada. Todos pensarán que el monstruo se desató y realizó la masacre, para terminar muriendo junto a la salida del crucero a manos de los soldados.

Entonces se produjo un brusco movimiento del múrido. Repentinamente sus ojos brillaron con lucidez y se abalanzó contra la mujer. Pero Lassala no fue sorprendida. Con increíble rapidez disparó varias veces contra el attolita, que se derrumbó pesadamente, arrastrando la camilla con estrépito.

Tau fue a moverse, pero el cañón de la pistola que empuñaba Lassala con su mano derecha se dirigió contra su rostro.

—Quieta ahí, estúpida.

Aldor agarró a Tau y la apartó de la furia de la rill.

—Ahora su plan se ha venido abajo, Dama Lassala. ¿Es ése realmente su rango en Tura o aún mayor? ¿Tan alto que los hombres son capaces de morir bajo sus órdenes?

El gélido rostro de la mujer era una máscara de contrariedad. Las armas en sus manos temblaron y Aldor temió haberla provocado demasiado.

Ella respondió y anunció con sorprendente alegría:

—Soy capa z de pensar con rapidez, malditos terrestres. Aún puedo salvar la situación. Lo importante para mí es que su comandante siga pensando atacar.

Tal revelación cogió un poco de improviso a Aldor.

—¿Entonces es cierto que los múridos están poniendo en peligro su mundo, a Tura?

—No tengo tiempo ahora de charlas. Vamos, a moverse. Vayan al puente.

Cuando llegaron al puente, Lassala les hizo sentar en dos de los sillones situados detrás de los de pilotaje. Con cintas aprensivas los inmovilizó en ellos. Luego vieron cómo la rill lo ocupaba y empezaba a mover los mandos, con una agilidad que obligó a pensar a Aldor que se trataba de una mujer excepcional, provista de una mente fuera de lo corriente. Escucharon los sonidos que indicaban que la nave quedaba herméticamente cerrada. Luego se cerraron los accesos al hangar y la esclusa de salida se abrió delante de la proa del crucero.

—La cazarán apenas se aleje de la nave. —De pronto recordó que navegaban por el hiperespacio y soltó una carcajada—. Si es capaz de saltar a ese mundo extraño de la superluminidad tendrá ocasión de comprobar lo que sucede cuando un cuerpo infralumínico la invade súbitamente.

Ella se volvió para mirarle con desprecio.

—Sigue subestimándome, teniente. Cuando suene la alarma en este ingenio, se saldrá del hiperespacio. Entonces nos largaremos y nunca podrán alcanzarnos porque necesitarán varios minutos para desacelerar.

A continuación, Lassala apretó unos botones y dos proyectores láser provocaron una gran explosión en un lateral del hangar. Apenas pasaron unos minutos cuando ella se decidió a abrir desde el mando a control remoto la esclusa. El espacio que surgió ante ellos era el normal. Las dos Unexs, al unísono, habían dejado el campo superlumínico.

El crucero vibró unos segundos y se lanzó vertiginosamente hacia la salida, justo a tiempo de que las entradas del hangar eran forzadas desde el interior y pelotones de soldados embutidos en trajes de vacío irrumpían por las rampas.

El navío pilotado por Lassala rugió y Aldor observó por la pantalla de popa cómo las dos colosales moles de las Unexs desaparecían, confundidas entre millones de estrellas.

La carcajada de Lassala resultó estruendosa, casi histérica.

—De todas formas este plan es mejor que el anterior. Los terrestres supondrán que el múrido se despertó y huyó con el crucero. ¿Cómo van a sospechar de mí? El comandante, incluso, me llorará. Y lo ocurrido le pondrá más furioso. Seguro que atacará con saña.

Tau se agitó nerviosa en su asiento.

—Lassala, yo siempre sentí simpatía por usted y su causa. A consecuencia de las sospechas de Raf, comencé a pensar que usted nos ocultaba algo, efectivamente. Pero no sabía qué. No tiene ahora por qué ocultarnos nada. ¿Es cierto que su raza es tan humana como la nuestra y están siendo atacados por los múridos?

—Así es.

—Entonces su comportamiento es absurdo. ¿Por qué hace esto si el comandante va a ayudar a Tura, que es lo que usted quería?

—Todo cuanto he dicho es cierto —sonrió Lassala, volviéndose hacia ellos ligeramente—. Simplemente, omití ciertas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Ya lo sabrán a su debido tiempo.

—¿Qué pasará después que con la ayuda de las Unexs consigan romper el cerco a Tura?

—Seguir manteniendo parte del engaño. La colaboración del Orden Estelar en esta guerra es imprescindible. Cuando hayamos conseguido expulsar a todos los múridos del triángulo solar, firmaremos un tratado de amistad con la Tierra. Los múridos, ante el fracaso, desistirán de salir de sus lejanos mundos y nos dejarán en paz cuando estén seguros que contamos con aliados tan fuertes y luego…

—¿Qué pasará luego?

—Transcurrirán muchos años para que comience la segunda fase de nuestro plan. Necesitamos tiempo para ser fuertes, lo suficiente para marchar contra la patria de los múridos y aniquilarlos.

—El Orden no tolerará ese acto…

—Pero no podrá impedirlo. Para entonces seremos tan fuertes como ellos. ¿Es que iban a declararnos la guerra por defender unos planetas llenos de ratas?

—Nosotros… —comenzó a decir Tau, cada vez más furiosa.

—Ustedes no podrán contar nada. Si los llevo a Tura es porque mis superiores se pondrán muy contentos al poderlos interrogar.

Nos será muy beneficioso saber acerca de su doble organización, amigos. Luego sus cuerpos serán desintegrados y todo el mundo seguirá pensando que el múrido que les raptó les condujo a la estrella A, donde fueron asesinados.

»Basta ya de charlas. Tengo que concentrarme. Si no quieren que les cierre la boca, permanezcan callados.

Lassala giró su sillón y se inclinó sobre los mandos de la consola.

Tau miró, confusa, a Aldor.

—No entiendo nada —confesó.

—No estoy seguro; pero la presencia de ese múrido y el muchacho rill la puso nerviosa.

—¿Por qué el múrido? Aunque los odio profundamente no es motivo…

—Puede que no se trate del múrido, sino del muchacho rill.

—Estamos peor que antes. Tendremos que conformarnos con esperar».

—¿Esperar? —repitió Aldor—. Si todos los humanos de Tura son como Lassala, estamos perdidos. Deben ser fanáticos.

—Los múridos han debido causarles mucho daño…

—No, no puede ser eso. La paranoia de Lassala contra esas ratas debió comenzar mucho antes que la guerra.

Pasaron unas horas. Lassala parecía incansable. No se movió ni una sola vez de su sillón frente a los mandos. La nave avanzaba velozmente hacia las estrellas primero, y luego derivó un poco hacia Tura.

—Lassala, si pretende descender en su mundo está loca. ¿Ha olvidado el bloqueo de las naves múridas? —preguntó Aldor.

—Siguen pensando que soy una idiota. Sé cómo burlar el bloqueo. Una nave como ésta puede penetrar entre las attolitas por un punto situado en el polo sur; Allí la perturbación magnética es tan densa que será un juego de niño infiltrarnos. No ocurre lo mismo si se pretendiera lo contrario. En Tura se puede entrar, pero no salir. Afortunadamente, los múridos desconocen esto y no podrán detenernos.

La mujer rill se levantó y desactivó el poder de apresamiento de las cintas. Los dos jóvenes se levantaron y se movieron para desentumecerse. Lassala ya les estaba apuntando con un láser.

—Voy a encerrarles en una cabina de presión. Si intentan salir

de ella abriré la otra puerta y los enviaré al vacío. Me van a molestar ahora aquí, cuando comience a penetrar en Tura.

Aldor comprendió que al cruzar la fuerte densidad magnética las cintas podían perder su poder. Reconoció que Las sala era una mujer difícil de sorprender.

—Unas maniobras bruscas puede matar al muchacho rill si permanece en la camilla —advirtió Tau.

—Es cierto —rió Lassala—. Quiero entregar esta nave a los míos limpia. Seria desagradable que varios habitáculos estuvieran llenos de sangre y restos de carne. Vamos, caminen.

Aldor parpadeó. La actitud de Lassala no concordaba con la más simple lógica.

La mujer les condujo hasta la enfermería, obligándoles a entrar en la habitación que ocupaba el muchacho de Tura.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Aldor temiendo lo peor.

—Matar el sucio corazón de ese humano —masculló Lassala—. Ustedes lanzarán su cuerpo a la cabina de hibernación, para que no contamine esta nave cuando se corrompa. Sí, lo pondremos al lado del monstruo. Juntos los dos, como debe ser.

Lassala se volvió para mirar hacia la camilla y lanzó un grito de rabia. Allí no había nadie. Las correas habían sido soltadas. Aldor comprendió que ello había sucedido al mismo tiempo que la mujer les liberó a ellos. Si pensó que el humano no podía moverse de la camilla a causa de sus heridas, ahora no estaba allí. Se había recuperado más rápidamente de lo que incluso previo el desgraciado doctor Mervin.

Sin dejar de apuntarles, Lassala recorrió a grandes zancadas la sala, abrió la puerta de fondo y atisbo recelosamente.

—Le encontraré. Esta nave no es lo suficientemente grande para poderse ocultar de mí —gritó, cada vez más furiosa.

Se movió un mueble situado en un rincón y algo cruzó centelleante el aire. Un estilete se clavó en el pecho derecho de Lassala, que lanzó un aullido de dolor. Se volvió y disparó su arma. El dardo mortal se estrelló contra el mueble, partiéndolo en dos. Pero antes había salido detrás de él el presunto herido.

Lassala había hincado una rodilla en el suelo, Mordiéndose los labios amartilló con las dos manos el arma, mientras el estilete seguía clavado en su pecho y de la herida manaba abundante

sangre.

Antes que pudiera apretar el gatillo de nuevo, Aldor saltó sobre ella. De un manotazo la desarmó y la pistola se deslizó por el suelo. Trató de sujetarla. De soslayo miró al muchacho. Un nuevo estilete se clavó en la rodilla de Lassala.

—¡Es suficiente! —chilló Aldor, rabioso ante aquel inútil ataque.

Pero el joven estaba disponiendo un tercer estilete para lanzarlo. Y ahora sus ojos se posaban en Aldor, tomando puntería.

Tau dio un salto. Había recogido el arma y se plantó delante de Aldor, que aún trataba de inmovilizar a Lassala.

—Estúpido mozalbete —rezongó Tau—. Si haces un nuevo movimiento te parto en dos. Tira eso al suelo, bien lejos de ti.

El muchacho dejó caer el brazo que sujetaba el estilete. Abrió la mano, el acero rebotó en el suelo. Luego le pegó un puntapié.

—Así está mejor —sonrió Tau—. Al parecer la fiebre te impide reconocer a tus hermanos de raza.

—¿Para qué tanta palabrería? —dijo quedamente el rill—. No sé lo que me dicen. ¡Vamos, dispare de una vez, sucia renegada!

Tau abrió los ojos. Muy despacio bajó el arma. De reojo intentó ver lo que hacía Aldor cuando el joven cayó al suelo, desmayado.

Lassala aún seguía debatiéndose entre los brazos de Aldor y éste se vio obligado a propinarle un fuerte golpe en el cuello que le hizo perder el conocimiento.

Entonces miró a Tau.

—Tenemos que decidir a quién socorremos primero —preguntó.

—Suelta a esa arpía y miremos qué le pasa a ese chico —decidió Tau—. Ha debido perder sangre a causa del esfuerzo por levantarse de la camilla. Le curaremos y le ataremos a una cama hidráulica.

—¿Y con ella?

—Podríamos meterla en la cámara de vació. No le pasará nada. ¿No es lo que quería hacer con nosotros? ¡Pues con gusto la arrojaré al espacio como se desmande!

—Será mejor que la llevemos a la sección de hibernación —opinó Aldor, alarmado por la pérdida de sangre que sufría Lassala por las dos heridas.

—Tienes razón —asintió Tau, lanzando un suspiro.

Apenas colocaron a Lassala en la cripta de hibernación, volvieron a la enfermería para socorrer al muchacho. Se aseguraron

que sólo había sufrido un ligero desmayo, tal vez provocado por el esfuerzo que hizo y a consecuencia de su debilidad. Le inyectaron unos estimulantes y le acomodaron en una cama, en una cabina con cerrojo por fuera.

Antes de dejarle, el chico abrió ligeramente los ojos. Debió darse cuenta que estaba bien sujeto a la cama, pues apenas hizo un gesto para intentar mover los brazos. En lengua rill, dijo:

—No comprendo… ¿Por qué no me han matado? Ella quería hacerlo, ésa renegada Dama Lassala… Ustedes no son de Tura. Sus ojos no son dorados como los nuestros, pero están ayudando a… a esos…

Cerró los ojos. Aldor lamentó que los calmantes hubieran hecho efecto tan rápidamente. El chico parecía estar diciendo algo verdaderamente interesante.

—Por Dios, Tau, creo que Lassala quería matarlo para que no hablase. Sí, debe haber sido por eso que ha matado a tanta gente y robó el crucero.

—Ahora no es momento de teorías, encanto. No olvides que nos aproximamos rápidamente hacia Tura y… No pudo concluir la frase. Algo tremendamente fuerte parecía haber chocado contra la nave… Los dos terrestres rodaron por el suelo y Aldor, apenas pudo incorporarse, corrió hacia el puente.

Apenas entró en él, advirtió lo que sucedía. Tau penetró allí y él le dijo:

—Acabamos de ser detenidos por rayos magnéticos. Creo que siete u ocho naves nos han inmovilizado.

Ella palideció.

—¿Qué naves son?

—Attolitas. Míralas. —Y señaló hacia una pantalla. Al mover el dial surgió un trozo del espacio. Podían verse dos grandes aparatos, grises y que proyectaban hacia ellos brillantes rayos de sujeción.

—Podemos defendernos. Tenemos proyectiles y rayos láser. Si conseguimos desequilibrar el cerco, destruyendo aunque sea una sola nave de ellos…

Un sector del crucero comenzó a vibrar. Luego se escucharon zumbidos y golpes secos. Aldor meneó la Cabeza.

—Es tarde. Están entrando, Tau.

La alférez levantó el láser y miró a Aldor.

—Sería como arrojar confetis a una legión romana.

—¿Es que vas a dejar que te capturen esas ratas?

—¿Por qué no piensas que es la única forma de saber de una vez lo que sucede en este trío de soles que el infierno se los lleve?

Tau hizo un gesto agrio, de estar poco convencida. Pero arrojó el arma a los pies del pelotón de seres con trajes de vacío que avanzaba hacia ellos por el pasillo principal.

CAPÍTULO IX

Steen Haag se rascó la barbilla, en un ademán que indicaba que por un momento le había vencido el desaliento. Pero se repuso pronto, alzó la mirada y observó la expresión tranquila de Van Loon.

—En alguna de esas naves attolitas que rodean Tura pueden estar, capitán —dijo. El busto de Van Loon se movió y tal vez observó por unos segundos la situación gráfica de las naves enemigas. En su nave, el capitán también podía comprobar lo mismo que Steen—. La pregunta es si está circunstancia debe hacernos retrasar el ataque.

—El mundo también se llevó a la Dama Lassala, señor. Conociéndola, creo que ella le diría que sí.

—Pero yo quiero su opinión, Van Loon.

—No me gusta comenzar una guerra, pero sigo confiando que el Alto Mando esté de acuerdo con nuestra actitud. Además, es posible que en estos momentos Aldor, Aguiat, Lassala y Mervin no vivan ya.

Se olvida del enfermero y del rill. Todos estaban en el crucero cuando despertó esa rata y los sorprendió. Sólo me pregunto cómo es que Aldor fue a la nave en lugar de llegar a mi despacho e informarme. ¿No cree que el informe del doctor Mervin podía ser importante?

Van Loon se encogió de hombros dentro de su esfera de comunicación.

—Sería difícil de calibrar ahora. Señor, ¿siguen los planes de ataque sin alteración?

—No veo el motivo…

—La ausencia de Dama Lassala. Ella tenía, el cometido de alertar a los suyos cuando el bloqueo se rompiese y las comunicaciones con Tura fueran restablecidas. Tenía que avisar a los rills para que lanzasen sus naves de guerra al espacio para ayudarnos.

—Ya he pensado en eso. No me figuro a los nativos de Tura tan estúpidos como rehusar ayudarnos cuando observen que una flota desconocida les está ayudando. De todas formas, emitiremos constantes mensajes apenas consigamos desbaratar el cerco. Será una emisión constante y automática. Sin duda, despegarán para colaborar con nosotros.

—Eso espero, comandante. ¿Algo más?

Steen negó con la cabeza y la figura de Van Loon se esfumó.

* * *

Cuando los guerreros que les condujeron sin muchos miramientos a una estrecha nave donde los trasladaron a una enorme estructura, se quitaron los cascos de vacío, Tau miró las cabezas ratoniles con asco y Aldor con curiosidad. Pero ambos resistieron la observación de aquellos ojos rojos y brillantes.

Aldor se dijo que si los múridos también hablaban la lengua rill, podía comunicarse con ellos, pero desistió de ello porque el transbordador penetró silbando en una esclusa y poco después se detenía.

Después de caminar por largos corredores y pasillos, siempre estrechamente vigilados por los guerreros múridos, la pareja fue introducida en una gran estancia, de brillantes suelos y alto techo cuajado de estrellas. Enseguida adivinaron los terrestres que se trataba de una réplica del vacío que les rodeaba. En un lado podía verse, gigantesco, el planeta Tura.

Un empujón de unos de los guerreros fue un indicativo para que se aproximaran hasta la mesa que estaba el fondo de la estancia y dónde media docena de múridos, tocados con capas escarlatas, les miraban.

—Acercaos —les dijo uno de ellos, alzando una garra:

—Dan por hecho que hablamos rill —susurró Tau.

—O nos consideran rills. ¿Cómo van a suponer que una fuerza de la Tierra está cerca y la nave que destruyeron hace pocos días era nuestra?

—Estáis ante el mando de Attol destacado en el planeta Tura. Os damos la oportunidad de hablar, de contestar a nuestras preguntas.

En caso contrario, si os negáis, ya podéis imaginar lo que os espera. Sabemos que sois oriundos de Tura, y vuestra presencia nos intranquiliza. ¿De dónde venís? Vuestra nave es extraña, distinta a las de los renegados. Hablad. Esperamos.

El múrido se había expresado en correcto rill y seis pares de ojos rojos se quedaron mirando a la pareja de terrestres.

—Raf, dentro de unas horas los nuestros atacarán —susurró Tau —. Creo que aún existe la posibilidad de evitar la guerra, en la cual se verá implicado el Orden por muchos años.

—Es precisamente lo que pretende Lassala. La cuestión es: ¿cómo convencer a estos ratones gigantescos? Además, Lassala no mintió cuando dijo que los attolitas están dispuestos a acabar con la raza humana de Tura…

Habían estado hablando el terrestre y el múrido golpeó furiosamente sobre la mesa.

—¡Silencio! Sabemos que podéis expresaros en rill. Dejad de hablar en ese idioma. No podemos perder tiempo para aprenderlo.

Aldor avanzó un paso. Dijo secamente:

—Entonces, sólo tenemos que decir que la flota de Attol que cerca y amenaza Tura debe marcharse, dejar en paz a sus habitantes.

—¿Qué insinúa? —gritó el múrido que llevaba la voz cantante del grupo de seis—. No estamos dispuestos a escuchar tonterías. ¿Es que pretende hacernos creer que nuestra poderosa flota corre peligro?

Aldor se mordió los labios. Disponía de pocos conocimientos para seguir hablando. Ni siquiera podía marcarse un farol. Si los attolitas llegaban a sospechar que iban a ser atacados en breve, no serían cogidos por sorpresa y mostrarían una feroz resistencia a los cruceros y Unexs de Steen. Tanta, que lo que se esperaba fuese una victoria podía trocarse en una derrota irreparable.

—No somos aborígenes de Tura —dijo Aldor—. Pero no estamos dispuestos a que la guerra prosiga su curso y los humanos de Tura sean exterminados.

El múrido se levantó y caminó por delante de la mesa. Sus compañeros seguían en silencio, expectantes.

—Hace unas jornadas, cuando estábamos estableciendo el cerco, una extraña y enorme nave se aproximó a Tura. De ella surgió una

nave más pequeña, similar a la que hemos capturado. Ambas fueron destruidas. Y ante nuestra sorpresa, apenas se defendieron. Todo esto es muy extraño. Creo; que vosotros podéis responder a muchos interrogantes.

Tau gritó enfurecida:

—Esa acción fue un asesinato en masa, malditos monstruos. Miles de nuestros compañeros murieron sin tener oportunidad de defenderse, a pesar que se radiaron constantes mensajes para solicitar una tregua…

—¿Tregua? —repitió el múrido—. ¿Llamáis tregua a una sarta de insultos y provocaciones que partieron de la nave más pequeña que intentaba descender en Tura?

Aldor y Tau se miraron boquiabiertos.

—Tau, fueron los compañeros de Lassala quienes provocaron el ataque, sin duda. Ellos disponían de esos minúsculos comunicadores. También Lassala, a bordo del crucero de Craig, ni siquiera conminó a los tripulantes del carguero. ¡Ella les habló en lengua de Attol, que nosotros desconocemos!

El múrido pareció calmarse. Vivamente interesado, dijo:

—Habéis pronunciado un terrible nombre para nosotros: Lassala. La Dama Lassala es nuestro más pertinaz enemigo. Desgraciadamente, ha muerto. Ni siquiera la hibernación a la que fue sometida pudo contener el proceso mortal de las heridas. Esos estiletes estaban impregnados en veneno, un tipo de veneno que disponía en secreto nuestro joven amigo Orindo. Si Lassala siguiera viva tendría que responder de muchos crímenes ante nuestros pueblos…

Se escucharon suaves pasos en la estancia y los terrestres se volvieron para mirar. El joven rill que Lassala intentaba matar se acercó hasta unos metros de la mesa, en donde se detuvo. Estaba ligeramente pálido, pero su aspecto indicaba que estaba en franca mejoría. Se quedó mirándoles, sin mover un músculo de su rostro.

—¿Pueblos? —repitió Aldor—. ¿A qué pueblos os referís?

El múrido le miró incrédulo.

—Dudo que vuestra ignorancia sea real. Más bien diría que se trata de un ardid para confundirnos. Deberíamos desintegraros ahora mismo.

—Un momento —dijo el joven Orindo. Su voz sonaba débil,

pero firme—. Indudablemente, estos seres impidieron que Lassala acabara conmigo como hizo con el hermano attolita herido. Cuando las cosas estaban sucediendo me percaté y a punto estuve de lanzar un estilete contra el Hombre, pero la mujer se interpuso y me apuntó con un arma, que no llegó a disparar, teniendo todas las ventajas a su favor. Luego perdí el conocimiento.

—Tal vez tu mente no estaba aún bien equilibrada, amigo Orindo —dijo suavemente uno de los múridos de la mesa.

—Creo que no, jerarcas de Attol. Pero, lamentablemente, no puedo asegurarlo. De todas formas me inclino a pensar que ellos no querían que Dama Lassala me matase.

—Pero fueron esos seres los que detuvieron el carguero donde viajabas en dirección al bloque. ¡Y ellos mataron a muchos attolitas y rills porque, sin duda, buscaban hacer prisioneros para interrogarlos!

Orindo titubeó y aquella pausa fue aprovechada por el múrido para añadir:

—Por lo tanto, señores jerarcas, es mi opinión que esos seres deben ser confinados a un rastreo mental total. Como nuestros camaradas de Rill están a punto de llegar, propongo que el interrogatorio comience en presencia de ellos.

Los demás jerarcas múridos fueron asintiendo. Aldor quiso hablar, pero la intervención de los guerreros se lo impidió.

Él y Tau fueron sacados sin contemplaciones de la sala y conducidos fuera.

Instantes después se encontraban en un cubo grande dentro de otra habitación, toda cubierta con paneles metalizados, brillantes, que molestaban la vista.

Aldor pasó la mano por las juntas del cubo transparente. Notó aquella especie de cristal muy cálida. No tenían ni una silla y optaron por sentarse en el suelo.

—No se ve ni rastro de la entrada —masculló Aldor—. Bien, Tau, ¿qué piensas de todo esto?

La muchacha tardó en responder.

—Lassala no dijo toda la verdad, lo cual es una forma sutil de mentir. Pero lo que omitió es vital para comprender la situación y poder emitir un juicio sensato. ¡Qué sé yo, Aldor! Estoy confundida.

—Lo más sorprendente es que los múridos parecen convivir

pacíficamente con ciertos humanos; a los cuales también llaman rill.

—El vocablo RUI debe significar una raza, no a los habitantes de un planeta…

Calló Tau cuando una porción de la habitación se abrió en rectángulo y una figura penetró lentamente. Era Orindo.

Se acercó hasta el cubo y movió los labios. Dentro de la celda de cristal, la voz del rill resonó seca y tonante. He venido por mi cuenta, quiero hablar con vosotros.

Aldor se encogió de hombros. Dijo:

—Está bien. Pero creo que somos nosotros los que tenemos que hacer antes muchas preguntas.

Tau se aproximó al cristal, apoyando allí sus manos. El rill puso las suyas sobre las de la muchacha al otro lado. Parecía ser una expresión de buena voluntad, pensó Tau.

—¿Qué queréis saber? —preguntó Orindo—. No tenemos mucho tiempo. Apenas termine la reunión, vendrán aquí y os secarán el cerebro.

—No sois muy piadosos con vuestros enemigos que digamos.

—En una guerra despiadada como ésta no se pueden guardar ciertas reglas.

—Entonces dinos qué está pasando en este triángulo solar —apremió Aldor, nervioso ante la noticia dada por Orindo, que disponía de escaso tiempo.

Orindo les miró un poco confundido, como si dudase que los prisioneros ignorasen lo que sucedía.

—Algo me impulsa a confiar en vosotros, extraños. Tal vez sea que tu pueblo, hombre, está a punto de cometer un grave error al unirse a la causa de los renegados de Tura.

—A quienes vosotros odiáis, ¿no? Mejor dicho, los múridos —dijo Tau—. Y los llamas renegados. ¿Cómo habría que llamar a los que se unen a seres extraños para combatir a los de su propia raza?

—Hablas con prejuicios, mujer. ¿Acaso es preciso tener presente el aspecto externo para elegir amigos? Pero te comprendo. Comienzo a comprender algunas facetas de vuestro comportamiento. Sí, eso debe ser. La presencia de Lassala en vuestras naves ha debido influir nefastamente en vosotros. ¿Dónde la encontrasteis?

Los dos terrestres se miraron y Tau se encogió de hombros,

dando a entender a Aldor que no había tiempo que perder.

—Hallamos una gran nave destrozada… Posiblemente, un carguero gigantesco, una nodriza, como las llamamos. Había sostenido una batalla y, al parecer, la perdió.

Orindo asintió.

—Sé de qué batalla habláis. Fue la única nave nodriza que consiguió escapar de Tura, antes de que comenzara el cerco. Se alejó un poco y regresó para permitir que del planeta consiguieran despegar más naves. Pero la vencimos y huyó. Es posible que al intentar escapar por el hiperespacio, averiada como estaba, sufriera una rotura y volviera a surgir en el espacio normal, pero ya muy lejos de nuestro alcance.

»Así, es fácil suponer que Lassala os contó una sarta de mentiras. Os convenció de que sufrían una tenaz persecución y que su planeta corría peligro de extinción.

—Más o menos, así fue —admitió Aldor.

—Sí, estoy informado que misteriosas naves, dos concretamente fueron destruidas poco después al intentar acercarse a Tura. Y es cierto que provocaron deliberadamente el ataque de las unidades attolitas. Esto es lo que no comprendo.

—No iban en son de guerra, sino a dejar en Tura a tres compañeros de Lassala que se encontraban enfermos.

Orindo sonrió amargamente.

—Eran tres desgraciados, que cuando Lassala les ordenó que debían provocar el ataque, tuvieron que obedecerla porque es una Maseñora, una Dama perteneciente al pequeño grupo que encabeza la lucha en Tura.

—Puedes tener razón. Esos seres parecían ir al matadero. Pero Lassala dijo algunas verdades. ¿Es cierto que las colonias de Tura en los planetas de la estrella A fueron arrasadas por los múridos?

—¿Eso dijo? Es muy astuta esa arpía. Siempre lo fue —Orindo sonrió—. Me olvido que ha muerto. Parece increíble que ya no viva. Pero aún quedan muchos como ella en Tura, que son intolerantes. Siempre lo fueron respecto a la convivencia de las razas Attolita y RUI.

—¿Es que ellos no son rills? Me refiero a los habitantes de Tura.

—Sí, lo son. Empezaré desde un punto a partir del cual vayáis comprendiendo.

»Hace un milenio, humanos y múridos lucharon, pero eso fue cuando ambas razas compartían el mismo planeta. Afortunadamente encontraron la forma de vivir en paz y a partir de entonces comenzaron a conquistar planetas, todos los aptos en nuestra constelación.

»Pero en ambas razas siempre existieron facciones racistas que no toleraban la convivencia pacífica, aunque siempre fueron vencidos por la cordura de la mayoría, que deseaba la paz.

»Transcurrieron muchos siglos y la buena armonía apenas se vio truncada. Hace unas décadas, se descubrieron los mundos de los Tres Soles. En primer lugar se optó por colonizar los de la estrella A, adonde emigraron algunos millones de rills y attolitas. Cuando enviaron una nave para explorar el planeta Tura en el sol B, descubrieron que allí existían habitantes. Eran humanos, emigrantes rill racistas. Se instalaron allí hace más de un siglo, donde trabajaron duro y conformaron una sociedad que sólo pensaba en la venganza, en luchar contra los múridos y conseguir que el resto de los humanos rills se unieran a ellos con el fin de destruir la civilización attolita.

»Pero tales planes sólo pudieron ser descubiertos cuando los de Tura, al saber que se estaban colonizando los mundos A y tener previstos éstos para su expansión, atacaron sin aviso. Al contrario de lo que os dijo Lassala, las, colonias eran mixtas, de múridos y humanos, y los turanios fueron los atacantes.

»Pero se precipitaron demasiado al descubrir su juego. No contaron con que la flota combinada de nuestra constelación se aproximaba. Durante casi un año se ha combatido duramente alrededor de los tres soles, hasta que conseguimos impedirles salir de Tura. Nuestra intención es obligarles a pedir la paz, que destruyan sus armas.

—¿Por qué ese duro bloqueo?

—La explicación es simple. Cuando se supieron descubiertos y después de realizar el ataque a las colonias, los turanios empezaron a trabajar desaforadamente para construir una flota capaz de vencernos primero aquí y luego marchar contra nuestros mundos de origen. ¡Y lo lograrán si pueden situar sus potentes flotas en el espacio!

Aldor estaba anonadado. Tau rehuyó la mirada del teniente.

—Orindo, tienes que sacarnos de aquí, llevarnos a presencia de tus jefes. Disponemos de una información importante que debemos comunicar.

—Raf… —comenzó a decir Tau, aún indecisa.

—Cariño, es el momento de decidir.

—¿Qué es lo que tienen que decirnos?

—No estoy seguro del tiempo que nos queda; pero no será mucho. Apenas una hora de nuestra medida —Aldor le explicó lo que significaba—. Tal vez antes, las naves que forman el bloqueo serán atacadas desde el espacio exterior.

—Por sus naves —dijo Orindo—. Hay más de las que destruimos, ¿no?

—Sí, es cierto. Lassala nos convenció a todos para que nos aliáramos a Tura. Nos presentó a los múridos como seres crueles, ansiosos por destruir todo rastro de raza humana. Nuestro comandante no quería la guerra sin consultar previamente a sus superiores, pero la destrucción de una de nuestras, naves nodrizas le enfureció y acabó de convencer.

—Lassala les ha estado manejando —musitó Orindo.

—¿Nos crees?

—Sí, os creo; pero estoy seguro que múridos y humanos no aceptarán lo que dicen.

Aldor palideció.

—¿Insinúas que de todas formas seremos interrogados por el rastreador y…

Orindo asintió gravemente.

CAPÍTULO X

—¿Por qué? —dijo Aldor, anonadado—. Sería tan sencillo que los tuyos contactaran con mi jefe y le propusieran una tregua hasta qué las cosas estuvieran aclaradas…

—Tu flota debe estar aproximándose por el hiperespacio —replicó Orindo, notablemente preocupado—. No se le puede detectar. Creo que surgirán inesperadamente y atacarán por sorpresa. Es una maniobra tan difícil e imposible de llevar a la práctica, que mis jefes, múridos y rills, se reirían hasta reventar de mí si les planteara la cuestión.

—En realidad, tú tampoco das Crédito a lo que te decimos —dijo Tau—. Pero es cierto. Nuestras Unexs pueden efectuar una aproximación límite de mil kilómetros a un planeta. Es algo que recientemente consiguieron nuestros técnicos y hemos ensayado, precisamente, en este viaje. ¡Lo pueden hacer! Y sólo necesitarán unos minutos para poner en el espacio doscientos cruceros que barrerán todas vuestras naves antes que podáis reaccionar, por la simple razón de que todos vuestros detectores estarán apuntando hacia la superficie de Tura.

—Ojalá pudiera ayudaros, que en definitiva sería ayudar a los míos —dijo, apesadumbrado, Orindo—. Pero mis superiores tienen mucha responsabilidad sobre sus hombros y no pueden precipitarse. ¿Qué podríamos hacer?

—Hay una posibilidad —dijo, alborozada, Tau.

—Dímela. Tal vez podamos llevarla a la práctica.

—Dudo que tu confianza hacia nosotros llegue hasta tal extremo.

—Te llevarás una sorpresa.

—Bien. Tú estás libre. Busca un comunicador y avisa al comandante Steen para que no ataque.

Orindo sonrió.

—¿Desvarías? No se puede comunicar con alguien que esté en el hiperespacio. Al menos que vosotros hayáis logrado esa maravilla…

—No, no disponemos de nada semejante. Quiero decir que debes estar lanzando una llamada especial y corta constantemente, durante, al menos, una hora. Apenas salgan del hiperespacio las Unexs, será recibido el mensaje y Steen no atacará.

—Pero será atacado por los míos.

—Imposible. Los tuyos no atacarán cuando les soliciten la paz.

—¿Estás segura de que Steen logrará que no les ataquen con una propuesta de paz? Además, es dudoso que Steen haga caso a mi llamada si no doy muchas explicaciones. Puede sospechar que se trata de una trampa.

—Te diremos un mensaje que Steen no dudará que te lo hemos transmitido nosotros.

—Existe otro problema.

—Demonios, dínoslo. Estamos perdiendo mucho tiempo.

—Nuestros sistemas de comunicación no son aptos plenamente para contactar con los vuestros. Tendría que hacer unos reajustes que llevarían mucho tiempo.

—Dentro de nuestro crucero existe el medio. ¿Podrías entrar en él?

Orindo hizo un gesto vago.

—Creo que sí. Aún no han comenzado a desguazar el crucero los ingenieros.

—Entonces debes correr y…

Aldor calló cuando un múrido entró en la estancia. Se quedó mirando a Orindo, un poco sorprendido ante su presencia. Antes de una posible interrogación, Orindo explicó:

—Charlaba con los prisioneros. Quería estar seguro que realmente pretendieron ayudarme. Ya me marchaba.

El múrido asintió. Aldor creyó que se trataba de uno de los seis que componían la mesa, pero era muy arriesgado emitir un juicio que encerrase una identificación entre aquellos seres.

—Está bien. Estoy aquí porque la inspección mental va a comenzar ahora mismo. Aguardo la llegada de los soldados que los conducirán al hospital.

—¿Cómo es posible? Tenía entendido que la inspección no sería hasta mañana al menos…

—Tenemos prisa. Se ha detectado un inusitado movimiento en Tura, como si toda la flota estelar renegada estuviera a punto de despegar. Tememos una inminente llegada de naves desconocidas. Si supiéramos de dónde llegarían estaríamos preparados —señaló a los prisioneros—. Esos dos pueden decirnos muchas cosas que evitarían miles de muertes.

Aldor y Tau habían escuchado la conversación entre Orindo y el múrido. El teniente palideció y la muchacha masculló una maldición. Sabían que después de la sesión quedarían convertidos en vegetales, y lo irónico iba a ser que entonces los múridos y humanos rills sabrían que los dos prisioneros habían estado dispuestos a ayudarles para evitar la gran batalla que se avecinaba. Pero entonces ya sería tarde. Todavía estarían interrogándoles, destrozándoles la mente, cuando Steen atacara.

Orindo metió la mano dentro de su blusa y sacó un objeto plateado, que después de apuntarlo contra el múrido, lanzó un destello.

El attolita lanzó un ronquido y quedó paralizado. Nerviosamente, Orindo le arrebató el codificador y abrió la celda de cristal.

—Salid y que los dioses velen por nosotros.

Los terrestres saltaron del cubo cuando una sección de éste se levó al techo. Aldor preguntó:

—¿Qué pretendes hacer?

—Lo que me habíais pedido, pero con vosotros a mi lado. No puedo permitir que os destruyan la mente mientras yo intento contactar con el comandante. Todos estamos embarcados en la misma nave y hemos de impedir que se pierda para siempre en el infierno.

Salieron del pasillo y penetraron en una serie de tubos de comunicación. Apenas se estaban poniendo en movimiento cuando vieron llegar un pelotón de soldados ante la abierta puerta de la sala donde estaba el cubo.

Y allí también encontrarían al múrido paralizado.

La alarma no tardaría en cundir en toda la gran nave de transporte.

* * *

—¿Cuál es ese mensaje que hará detener al comandante Steen el ataque? —preguntó Orindo impaciente, observando cómo Tau, en lugar de hablar al micrófono, enviaba por él una serie de sonidos secos, que producía mediante el choque de dos cables.

—S. O. S. Tura fue culpable de la muerte de Hensing. Pidan paz —explicó Aldor, porque Tau estaba demasiado ocupada.

—Pero ella no habla —dijo Orindo, impaciente—. ¿Por qué emite esos sonidos irregulares?

—Son puntos y rayas. Un viejo sistema de comunicación que tiene miles de años… Apenas se usa, pero en la Academia nos obligan a aprenderlo. Cuando le digan a Steen que se está recibiendo un mensaje en morse y lea su contenido, no dudará de la veracidad de éste.

—Me alegro de que estéis aquí. Yo no hubiera sabido hacerlo.

Sin dejar de emitir, Tau dijo:

—Te lo hubiéramos explicado y seguro que lo habrías hecho a la perfección. Es muy simple memorizar un mensaje corto.

Llegar hasta el crucero terrestre había durado sólo unos minutos, pero resultaron tensos. Afortunadamente no fueron descubiertos hasta que penetraron en él y sellaron las entradas.

Ahora tenían cientos de múridos y rills fuera, confundidos ante lo sucedido. Sobre todo, les irritaba que uno de los suyos, Orindo, hubiese liberado a los prisioneros.

Los aliados de Attol y Rill se habían limitado a averiar el sistema de propulsión del crucero, pensando que la intención de los fugitivos era salir de la nave nodriza.

Aldor consultó el reloj de a bordo. Habían transcurrido veinte minutos ya desde que escaparon y diez que Tau estaba transmitiendo sin cesar. Si los cálculos eran correctos, Steen iba a surgir en el espacio normal antes de media hora. No podía ser después. Pero si el plazo consumía los treinta minutos, dudaba que pudiera estar tanto tiempo transmitiendo.

Los múridos y rills estarían intentando todo lo posible por penetrar en el crucero. Entonces se acabaría la transmisión. Y las naves terrestres podían surgir un segundo después.

Y entonces…

Al mismo tiempo que Aldor movía la cabeza consternado, en el puente de mando resonó una voz gruesa, que dijo:

—Vamos a penetrar en el crucero, terrestres. Si optáis por la rendición, seremos piadosos con vuestro fin. Escuchad.

—Están usando vibraciones —masculló Orindo.

—Tenemos que hacerlos callar.

Orindo buscó el bloque de pantallas. Usando sus sistemas radiónicos, los múridos les hablaban desde el exterior, al tener ellos cerrados los receptores. De un golpe con una barra de hierro, los inutilizó.

—Creo que aún no saben que yo os he ayudado a escapar —sonrió Orindo.

—Ese múrido habrá hablado…

—Imposible. Estará paralizado dos horas al menos.

Se escuchó un gran estruendo, cerca de la popa. Aldor se asomó a la vía principal y vio una ligera humareda deslizarse por el suelo.

—Han volado la esclusa de babor —corrió hacia el panel y empezó a pulsar botones. Diversos sonidos metálicos le: indicaron que todas las secciones estaban siendo bloqueadas.

—Esto no les detendrá mucho tiempo —dijo Orindo.

Aldor miró a Tau. No quería molestarla. La irrupción de la flota terrestre en el espacio normal podía producirse en cualquier segundo siguiente, lo que significaría que Steen sabría a qué atenerse. Si se retrasaba más de unos minutos…

Los aliados múridos y humanos penetrarían en el puente e impedirían la transmisión de los constantes mensajes.

Si no habían destrozado todo el crucero podía ser porque aún estimaban que Orindo estaba allí en contra de su voluntad.

—Abre esta puerta, Aldor —pidió Orindo, acercándose a la salida del puente.

—¿Qué intentas hacer?

—Retenerles unos segundos más, que pueden resultarnos vitales.

—¿Cómo?

—Tendrán que matarme, si deciden seguir hasta aquí.

Aldor hubiera dicho, al menos por protocolo, que su gesto era inútil, pero comprendió que debían obtener todo el tiempo posible. Steen podía tener ya en aquel momento en sus manos el mensaje, pero también podía ocurrir que ni siquiera que aún faltasen muchos minutos para que la salida del hiperespacio se produjera.

Cuando la puerta se abrió, Orindo salió del puente después de

saludar a los terrestres. Pulsando los cables sin cesar, Tau le dirigió una sonrisa de aliento y agradecimiento.

Lentamente, Aldor cerró la puerta detrás de Orindo. Los soldados estarían acercándose al puente y el muchacho rill les saldría al encuentro. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que los múridos y rills comprendiesen que Orindo había liberado a los prisioneros?

La reacción de aquellos seres enfurecidos podía ser fulminante.

Transcurrieron tres minutos largos. Aldor tenía la mirada fija en el reloj cuando se produjo un seco crujido en la puerta de acero del puente, que poco después empezó a combarse.

Aldor hizo una seña a Tau para que no dejase de transmitir. Cogió la barra de hierro y se plantó delante de la puerta.

Con un estrépito enorme, la plancha de acero cayó sobre el suelo.

Al otro lado había varios guerreros. Todo lo vio borroso. Aldor alzó las manos, apretando la barra.

Orindo lanzó un grito para impedir que Aldor abatiese contra él la barra.

—Soy yo, amigos —dijo el muchacho rill. Detrás suyo estaban los soldados, pero con las armas bajadas—. No tenía ninguna forma de advertiros que hace apenas cinco minutos, Steen ha enviado un mensaje solicitando una entrevista con mis superiores. ¡Vuestro mensaje llegó a tiempo!

Aldor lanzó un borbotón de aire mal contenido en sus pulmones y la barra resbaló de entre sus manos. Señaló la derribada puerta.

—Es una manera demasiado impetuosa para entrar.

—¿Cómo podíamos deciros lo que pasa si era imposible comunicarse con el puente? —Orindo sonrió—. Vamos, salid. Vayamos al centro de mando. Creo que va a comenzar la danza. De todas formas, la batalla no va a poderse evitar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tau dejando su puesto ante el transmisor.

—La flota de Tura ha despegado. Creo que están usando el punto magnético del Sur para romper el cerco. Es una maniobra desesperada. Seguro que han comprendido que ya no pueden recibir la ayuda de los terrestres, que su engaño ha sido descubierto.

—Mal momento para las negociaciones —dijo Tau.

—Serán cuando termine la batalla. Ah, Steen ha decidido alinear

sus cruceros al lado de los nuestros. Vamos, presenciaremos la batalla desde el centro de mando.

* * *

El intento de los habitantes de Tura constituyó un fracaso: Apenas una docena de ellas lograron salir al espacio libre, donde fueron destruidas la mitad. El resto se rindieron. Y las demás que se elevaban desde la superficie de Tura optaron por regresar a sus bases.

Las unidades terrestres no llegaron a usar sus armas. Simplemente con su presencia intimidaron a los seres de Tura.

La enorme masa de naves que rodeaba su planeta les hicieron comprender que la aventura estaba irremediablemente perdida.

Al día siguiente, Steen pudo entrevistarse con el mando conjunto de Attol y Rill.

—Lamentamos la destrucción de su nave nodriza y el crucero, comandante Steen —le dijo un humano, que se presentó como general Trufol, de Rill—. Los esclavos de la Dama Lassala consiguieron engañarnos.

—Olvidemos eso. Todos hemos cometido muchos errores. Ahora creo que es el momento de sellar una futura y durable cooperación.

—Efectivamente, señor —dijo un múrido, codirigente con el general Trufol de las flotas aliadas—. Los attolitas celebramos que en otro apartado lugar de la Galaxia existan seres humanos capaces de convivir con seres diferentes.

Steen hizo un gesto de contrariedad. Aquel múrido era sincero y mostraba grandes deseos de amistad. ¿Cómo decirle que también en su raza existían individuos incapaces de coexistir con seres no humanos? Pero la patria de Rill y Attol estaba demasiado lejos de los planetas, del Orden Estelar y demás estados nacidos por la expansión de la Tierra. Difícilmente volverían a encontrarse los tres, pueblos. ¿Para qué poner de manifiesto hechos que a él mismo le avergonzaban?

El comandante sonrió y dijo:

—Es una agradable sorpresa para nosotros, humanos del Orden Estelar, de la Tierra, entablar amistad con otro pueblo humano y

una raza múrida. Lo lamentable es que nuestro regreso será inminente. Pero estoy ansioso por saber la suerte que correrán esos humanos de Tura.

El general Trufol intervino:

—Serán desarmados y aislados. Por supuesto, se les vigilará para que nunca más intenten provocar una guerra y la desunión entre rills y múridos. Pero se les dejará vivir en paz en el mundo que eligieron. Confiamos que cuando pasen unos años, aunque sean siglos, serán capaces de integrarse en nuestra comunidad:

Un poco apartados de la reunión, Aldor frunció el entrecejo. ¿Por qué pensaba que las forzosamente escasas relaciones entre los humanos de la Tierra y los rills y attolitas iban a ser pacíficas, pero escasamente cordiales? Tal vez se equivocase, pero constantemente acudía a su mente el recuerdo de las milenarias ratas terrestres, enemigos acérrimos de la Humanidad, que en algunas épocas triplicaron la población de la Tierra y pusieron en peligro la existencia del hombre, compartiendo con él sus propias ciudades. Actualmente quedaban escasas ratas en la Tierra, pero en la historia siempre se habían localizado ciclos en los cuales el avance de aquellos pequeños animales peludos remitieó, para volver con más ímpetu más tarde.

¿Qué pensarían los múridos de Attol cuando supiesen que lejanos parientes suyos, diminutos en comparación con ellos, habían sido perseguidos tenazmente durante milenios por los humanos de la Tierra?

Maldita sea, se dijo. ¿Por qué pensaba en aquellos momentos de alegría en cosas absurdas? Se volvió para mirar a. Tau. La tomó poco militarmente por la cintura y la besó.

Escuchó una risa a su espalda. Se volvieron.

Era Orindo, que terminó soltando una carcajada.

FIN